

UNAS
vacaciones
DE ENSUEÑO



ROMANCE EN VACACIONES - 1

NINA KLEIN

UNAS VACACIONES DE ENSUEÑO

UNA NOVELA CORTA ERÓTICA

NINA KLEIN

© 2020, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

[Aviso importante](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Acerca de la autora](#)

[Otras historias de Nina Klein](#)

AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una historia con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.
Solo para mayores de 18 años.

UNO

¿Qué es el paraíso?

Buena pregunta. Me alegraba decir, además, que en ese momento podía contestarla.

El paraíso es estar tirada en una tumbona, al sol, en bikini, al borde de una piscina, con un mojito helado en la mano.

Todo eso en un resort de cuarenta estrellas, súper exclusivo y lujoso, en Hawai.

Me lo merecía de sobra, después de los últimos dos años horribles que había pasado: trabajando sin parar, diez o doce horas al día (a veces incluso más), y sin vacaciones. Lo peor era eso. No me acordaba de la última vez que me había ido de vacaciones. Lo que sí era seguro es que habían sido unas vacaciones infinitamente más cutres que las que estaba disfrutando en ese momento.

Lo bueno —por decir algo bueno— de trabajar diez o doce horas al día es que no tienes tiempo para hacer vida social, luego no gastas dinero. Lo mismo podía decir de las vacaciones: lo *bueno* de llevar dos años sin cogérmelas era que había podido ahorrar todo ese dinero, más el dinero que no había gastando saliendo a ningún sitio, para tener *esas* vacaciones.

Todo aquel trabajo me había servido para ascender y había acabado ganando una pasta, así que pude ahorrar todavía más.

Lo malo era que trabajar todas las horas del día, fines de semana incluidos durante dos años, había acabado quemándome, y llegó un momento en que tuve dos opciones: o desconectar de todo y pasar dos semanas sin hacer nada en un sitio como aquel, donde no tenía ni que pensar ni mover un músculo si no quería, o la alternativa: tener una crisis nerviosa y no poder trabajar el resto de mi vida en nada que no fuese cultivar un huerto de vegetales.

Había elegido las vacaciones.

La pasta que había acumulado aquellos dos años me había permitido elegir ese sitio. *Eh*, me había quedado sin vida social, amorosa y de cualquier tipo: sin vida, en definitiva —bienvenidos al trabajo en una *startup*—, pero ahora mismo estaba en un sitio que de otra manera nunca me habría podido permitir.

¿Merecía la pena? Probablemente no. Pero los dos años ya los había perdido —*invertido*, pensé con una mueca—, y ahora estaba allí, calentándome al sol y pensando en nada, la mente completamente en blanco, en el paraíso. Tenía que vivir el momento y descansar, el cerebro y el cuerpo. Ya tendría tiempo de hacer balance cuando volviese a casa.

La sola idea de volver a casa, a la rutina que acababa de abandonar, casi hizo que me diera un ataque de pánico, así que respiré hondo y dejé que el sol me calentara la piel.

Estaba, de verdad, en el paraíso: las mejores vacaciones que el dinero podía comprar. El resort era maravilloso, con gusto, súper exclusivo, dedicado a profesionales y ejecutivos: nada de

familias con niños, nada de ruido, ni turistas en bermudas floreadas y chanclas. Solo *relax* y no preocuparse por nada. Masajes, *spas*, restaurantes, bebidas... todo de lo mejor, y todo incluido en el precio desorbitado que había pagado para estar allí dos semanas, que podía servir para dar la entrada de un apartamento pequeño en una ciudad no muy cara.

No tenía que preocuparme de nada: si quería agua, fruta, comida, que me preparasen una bebida, solo tenía que levantar la mano y llamar a un camarero. Incluso había un *app* del resort que me había instalado nada más llegar, con mi número de cliente, para cosas como reservar en el restaurante o pedir que me dejaran comida en la habitación para cuando subiese de la piscina. O que me lavaran la ropa, o cualquier cosa.

Solo tenía que preocuparme de existir. Podía dejar a mi cerebro sin actividad perfectamente.

Y eso era lo que estaba haciendo: moverme lo menos posible, no pensar. Descansar. Llevaba allí solo un par de días y ya empezaba a recuperar mi color habitual, un poco de aspecto saludable. Me había pasado dos años prácticamente sin ver la luz del sol, encerrada en una oficina sin ventanas, estaba blanca y ojerosa como un vampiro.

Abrí los ojos detrás de las gafas de sol y observé la piscina: de agua salada, una piscina infinita, de esas que no tienen borde y parece que te vas a caer por un precipicio. Solo había media docena de personas, la mayoría flotando en la superficie, haciendo lo mismo que yo pero en el agua. El resort tenía cinco piscinas en total, y ninguna llegaba a estar llena, nunca.

Estaba contemplando si era mucho esfuerzo mover los músculos para refrescarme en la piscina, cuando una sombra cayó sobre mí.

—Hola —dijo una voz masculina.

No... *no no no*. Estaba pensando en si podría hacerme la dormida, teniendo en cuenta que tenía las gafas de sol puestas, pero había movido la cabeza cuando había oído el *hola*.

No tenía escapatoria.

Era la tercera vez que el tipo se me acercaba, y solo llevaba allí dos días. DOS DÍAS. Dos de mis catorce días de ensueño. Era el típico ejecutivo, como los dos millones que vomitaba la parada de metro de Wall Street todas las mañanas. Estaba súper arreglado —sobre todo para estar en una piscina—, con un bronceado que podía ser verdadero o falso, un corte de pelo de doscientos dólares —¿cuánto tiempo le costaría hacerse esa especie de tupé todas las mañanas?— y unas gafas de sol de trescientos, sonrisa de dientes blancos —un poco demasiado blancos para ser naturales—, cuerpo cuidadosamente tonificado en gimnasio, bañador negro un poco demasiado revelador pero no lo bastante para resultar de mal gusto.

Era curioso: puedes sacar al tipo del traje, pero no puedes sacar al traje del tipo. Estaba en bañador, delante de mí, sonriéndome, y la sensación era la misma que si llevase traje puesto. No me preguntes por qué. Quizás el Rolex en la muñeca tenía algo que ver.

Un Rolex en una piscina. Me reservaba mi opinión.

Digo todo esto porque el tipo era atractivo, de eso no había duda: en otro momento, otra situación u otra vida, probablemente no me habría importado que se acercase a decir *hola*.

O que aquella mañana hubiese intentando iniciar una conversación a la hora del desayuno, cuando yo entraba en el restaurante y él salía.

O el día que llegué, esperando al ascensor, después de coger mi llave en recepción.

En otra situación, repito, quizás no me habría molestado; pero no en mis vacaciones merecidas por las que había pagado una pasta, no en mi descanso, no en mi recargar las pilas, no en ese momento de mi vida, no en esa semana.

Simplemente, no.

Se sentó en la tumbona al lado de la mía —menos mal que no estaban demasiado juntas,

estaban separadas por una mesita y la sombrilla—, y dijo:

—¿Descansando? ¿No te apetece un baño?

No había respondido a su *hola*, no porque fuese una maleducada, sino porque no me había dado tiempo, y tenía miedo de que al responder se lo tomara como una invitación a hacer exactamente lo que acababa de hacer: sentarse y darme la puta chapa.

Conocía a aquella clase de tipos: le daba igual que respondiese o que no. Él había ido a lo que había ido, y mis sentimientos al respecto, mi opinión, le importaban bien poco, eso estaba claro.

Suspiré.

—No —respondí, con tono de voz helado, y cogí el libro que tenía apoyado en la mesita, al lado de la bebida. Si me apeteciera un baño estaría dentro del agua, porque sé andar y meterme en la piscina sola, pensé, pero al final no lo dije porque no quería iniciar ningún tipo de conversación, ni siquiera hostil.

Abrí el libro por una página aleatoria y me puse a leer. A hacer como que leía, más bien.

Era una suerte que me hubiese llevado el libro. No sé por qué lo había metido en la bolsa porque no pensaba leerlo, no pensaba hacer nada que requiriese hacer un esfuerzo mental, por pequeño que fuese, poner en marcha mis neuronas, pero en ese momento me servía para ponérmelo en la cara e ignorar al tipo.

—Bradley. Me llamo Bradley. Aunque puedes llamarme Brad —dijo, con una voz totalmente llena de confianza en sí mismo, como si realmente le fuese a llamar Brad, Bradley o de ninguna manera.

Hice un sonido de asentimiento, como un *mmm mmm*, pero ni solté el libro ni me lo quité de la cara.

—¿Está bien este sitio, verdad? Me lo recomendó mi *broker* y tenía buenas *reviews* online, así me que decidí a...

Dejé de escuchar en *broker*.

El tipo seguí hablando, demostrando que el hecho de que yo le escuchase o no era irrelevante.

A ver. En principio no me importa ser chungu con la gente si es necesario, pero ¿por qué tengo que hacerlo? Tenía derecho a estar allí descansando. Había sido todo lo sutil que había podido ser —esa vez y las dos veces anteriores— y el tipo no se daba por aludido. No quería tener que decir “por favor, prefiero estar sola”. Eso solo iba a llevar a una confrontación directa, y más problemas. Pero tampoco quería que me dieran conversación. Quería descansar y relajarme, joder, y no hablar con nadie. Por eso había ido de vacaciones sola. No-quiero-hablar-con-nadie.

Igual tenía que tatuármelo en la frente.

No había ido sola de vacaciones para ligar. Había ido sola para vegetar, que nadie me molestase, comer lo que quisiera cuando quisiera y la hora que quisiera, moverme si quería y si no quería, no.

Descanso total. Rejalación total.

No quería una confrontación porque al fin y al cabo estábamos en el mismo hotel, era un hotel súper exclusivo y no tenía muchas plazas, y me iba a volver a encontrar al tipo seguro. No quería tener que andar evitándole, escondiéndome, tener que aguantar que me mirase mal, o encontrármelo con cara de perro cada vez que fuese a desayunar.

¿Tan difícil era de entender?

—¿...con alguien?

Le miré sin tener ni la más mínima idea de qué estaba diciendo, o de qué me había preguntado. Había desconectado hacía ya un rato. Como no me quedaba otro remedio, abrí la boca para decir

que no quería compañía, cuando de repente una voz masculina —otra— dijo:

—Cariño, menos mal que te he encontrado. No sabía a cuál de las piscinas habías ido.

DOS

Volví la vista hacia el recién llegado.

Tenía músculos pero no parecía que los hubiese conseguido en un gimnasio, sino cargando con sacos de cemento o cortando árboles, o jugando al rugby.

A diferencia del pelma, tenía el pelo despeinado y desordenado, como si no se hubiese peinado al salir de la cama, no se había depilado el pecho —no era que lo tuviese peludo, lo normal, pero no parecía de plástico— y no, no llevaba un Rolex en la muñeca. De hecho no llevaba reloj, solo una mochila pequeña en la mano y una toalla.

Tampoco se había afeitado ese día, probablemente tampoco los dos días anteriores.

También estaba de buen ver, pero en plan más relajado, no como si hubiese estado preparándose una hora antes de salir de la habitación.

De todas formas tampoco me fijé mucho. Estaba a lo que estaba.

El pelma de la tumbona, en vez de levantarse e irse, siguió mirando al recién llegado de arriba a abajo.

—¿Qué has hecho con el anillo? —dijo el tipo nuevo, mirándome la mano izquierda con el ceño fruncido.

Tenía las neuronas en modo descanso, pero de repente me di cuenta de lo que estaba haciendo el hombre que acababa de llegar. Me estaba haciendo un favor.

—Lo he dejado en la habitación, corazón —le dije, con la voz más melosa y absurda que se me ocurrió poner—. No quería que se me perdiera en la piscina...

Le lancé una sonrisa de oreja a oreja, me la devolvió, y a continuación ambos miramos a *puedes-llamarme-Brad*.

El tipo todavía se hizo el remolón unos segundos, pero acabó levantándose, murmuró un “nos vemos”, o algo igualmente patético, y se escurrió fuera de nuestra vista. Con suerte, a alguna de las otras cuatro piscinas.

Plasta.

—Una pensaría —dije, mientras miraba al tipo irse— que por la pasta que se paga por venir aquí, no iba a encontrarme a babosos de discoteca.

—Es un poco difícil —dijo el desconocido, y me volví a mirarle— porque, ¿cómo los filtras? ¿En el formulario de reserva del hotel? *¿Puede por favor marcar esta casilla si es usted un gilipollas?* Además, también hay gilipollas con pasta. De hecho, diría que incluso son más numerosos entre la gente de pasta. Ya sabes, esa sensación de que pueden tener lo que quieran cuando quieran...

Le miré sonriendo y moviendo la cabeza.

—No creo que estemos en una posición de criticar mucho a la gente con pasta —dije—,

teniendo en cuenta dónde estamos nosotros.

—Eso no me quita la razón.

—Desgraciadamente, no.

—¿Te importa que me quede aquí?—. Señaló la tumbona de la que se acababa de levantar el pelma, a mi izquierda. Al otro lado no tenía ninguna, había elegido estratégicamente la de la esquina para tener menos posibilidades de tener a nadie al lado—. No tienes que hablarme ni prestarme atención, me he traído mi propio libro. Es simplemente por si se acerca alguien más, no creo que ese tipo sea el último, la verdad.

Suspiré. Aborrecía tener que recurrir al viejo truco de “es que tengo novio” o ponerme un anillo falso para que me dejaran en paz, o en ese caso tener una persona física al lado haciendo de mi acompañante en directo, pero era lo único que funcionaba con algunos tipos.

La única alternativa que se me ocurría era colgarme un cartel de “ocupado” del cuello.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Y no tengo que hablarte?

Negó con la cabeza.

—Ni siquiera mirar en mi dirección. Como si no estuviera. En realidad no estoy —me enseñó el *Kindle* que llevaba en la mano—. Porque no se ve, pero el libro que me estoy leyendo es gordísimo. De hecho, soy yo quien te va a ignorar.

Moví la cabeza a uno y otro lado, sonriendo. Estaba como una cabra.

—Te invitaría a algo, por las molestias —dije—, pero es un poco absurdo, porque aquí está todo incluido.

Llamé al camarero de todas formas, simplemente mirando en su dirección y levantando el brazo. Maravilla de sitio.

—No importa, la intención es lo que cuenta.

Cuando llegó el camarero me pedí otro mojito.

—Otro para mí, por favor —dijo el desconocido.

Y ahí acabó nuestra conversación. Le eché un par de miradas furtivas, pero cumplió su palabra. En seguida volví a relajarme, a cerrar los ojos detrás de mis gafas de sol y volver a disfrutar de no hacer nada.

Al cabo de un rato el hombre dejó de leer, sacó un portátil de su mochila, acercó una sombrilla y se puso a trabajar.

Hay gente para todo, pensé: vienes al paraíso y te pones a trabajar.

Fui a darme un chapuzón y me quedé flotando un rato en la piscina. Cuando volví a la tumbona, el desconocido ya no estaba.

TRES

Estaba desayunando tranquilamente, en una mesa la lado de la ventana del comedor, mirando al infinito. Las vistas eran espectaculares, la playa al fondo, de aguas turquesas, la arena blanca, las palmeras... tenía delante un café, un bol con fruta fresca cortada en dados, tostadas con mermelada y mantequilla. Iba a llevarme una a la boca cuando un tipo se acercó y se sentó en la silla frente a mí.

En mi mesa.

Era una mesa para dos —porque no había mesa para uno—, y el comedor estaba medio vacío, así que no era cuestión de que no hubiese sitio y no hubiese más remedio que compartir mesa.

Me quedé mirándole, con la tostada a medio camino de la boca, pensando: otra vez no, por dios.

Entonces, como por arte de magia, y antes de que le diese tiempo a abrir la boca, apareció el tipo del día anterior en la piscina. El pelma no; el segundo tipo, el que me libró del pelma.

Tenía que empezar a preguntar nombres, porque me estaba haciendo un lío yo sola.

—Cariño, tienes que empezar a ponerte el anillo de compromiso.

El hombre que acababa de sentarse se levantó, musitando unas disculpas —tenía un bañador floreado, mmm, *no*— y salió disparado.

—Esto empieza a ser ridículo —dije, exasperada—. Si quieren ligar, ¿por qué no se van a un cruceo para solteros? Por el amor de dios.

—¿Puedo sentarme?

Como si me quedase otra alternativa. La única manera de que no me acosasen era teniendo a aquel hombre de parachoques.

—Tú mismo.

En dos minutos un camarero se acercó a la mesa y tomó nota de lo que el hombre quería para desayunar. Nada de bufés cutres: venían directamente a servirte a tu mesa.

—No puedo estar utilizándote constantemente —le dije, encendida—. También son tus vacaciones.

Se encogió de hombros.

—Me da igual desayunar aquí que en otra mesa. En serio, no me cuesta nada.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Daniel —me tendió una mano por encima de la mesa, y se la estreché.

—Amy.

El tipo —Daniel— se puso a mirar el móvil y procedió a ignorarme completamente. Que era, en definitiva, de lo que se trataba, así que en realidad me estaba haciendo un favor.

Le miré unos instantes. No quería incomodarle, me había salvado de ser grosera dos veces,

pero tenía una duda que no me dejaba relajarme.

—Di lo que tengas que decir —dijo—. Te estoy viendo mirándome por el rabillo del ojo y me estoy poniendo nervioso.

—No me estás vigilando ni nada parecido, ¿verdad? Es que has llegado muy rápido.

Después de lo de la tumbona de ayer, ¿no era mucha casualidad que estuviese en el momento justo en el que apareció el pesado número 2?

El camarero llegó con su desayuno y lo dejó en la mesa.

Encogió un hombro sin levantar la vista del móvil, mientras le daba un mordisco a una tostada.

—Este sitio no es tan grande, y la hora del desayuno es la que es. Si te das cuenta todo el mundo viene a primera hora, supongo que para poder tostarse los pies el resto del día. No es tan difícil encontrarse —levantó la vista del móvil—. El resort no es tan grande.

No es que el resort no fuese grande, es que era tan exclusivo que el hotel no tenía demasiadas plazas. Así que sí, no era fácil evitar a la gente. Acababas viendo las mismas caras todos los días.

Era la razón por la cual no era buena idea ser borde con la gente, pero también por la que era esencial quitármelos de encima. No podía una ir esquivando personas.

Acabé de desayunar primero y con un breve “hasta luego” —era un decir, no tenía por qué verle luego, pero bueno— me dispuse a pasar otro día sin moverme en absoluto. Bajar a desayunar era el máximo esfuerzo que pensaba hacer en todo el día.

—Espera —dijo Daniel, cuando no me hube alejado ni dos pasos de la mesa—. Dame tu móvil.

Le miré frunciendo el ceño.

—¿Por qué?

—Para grabarte mi número. Así puedes avisarme en caso de *emergencia*.

Hum. No era mala idea, tener un repuesto/excusa si me encontraba en una situación como la de ayer en la piscina... pero por otra parte, ¿no sería un truco para hacerse con mi número?

Daniel me miraba con una ceja levantada.

No. Definitivamente no. No me había dirigido la palabra ni hecho el más mínimo caso durante el desayuno, era obvio que no estaba interesado en mí y solo quería hacerme un favor. Raro, pero había gente así.

Le tendí mi móvil.

—Gracias.

Maniobró durante un minuto con los móviles y luego me lo devolvió.

Y, esta vez sí, me fui a vegetar durante el resto del día.

CUATRO

Podría parecer aburrido, desde fuera, estar todo el día tumbada, alternando sol y sombra, dependiendo de la hora del día, con algún baño ocasional, mientras te traen zumos naturales frescos, *smoothies*, refrescos, mojitos o lo que se te ocurra pedir.

Sin tener que preocuparte de la comida, porque cuando llega la hora de comer tienes cien mil opciones, desde ensaladas frescas hasta pescado, menú vegano y lo que se te ocurra.

Sin tener que preocuparte de limpiar, de hacer la cama, de lavar tu propia ropa...

Podría parecer aburrido, y quizás lo era, pero no después de los últimos dos años de trabajo intenso, de noches sin dormir, de no ver la luz del día, de ojos rojos pegados a una y mil pantallas.

Mi cuerpo se estaba recuperando a toda velocidad: me estaba volviendo el color, se me había quitado el gris de la cara y de los labios, y me sentía mejor de lo que me había sentido nunca.

Todavía necesitaba más descanso, eso estaba claro, por eso había reservado dos semanas. Iba por el tercer día, y ya me sentía otra persona.

Ese día (¿miércoles, jueves? ¡Qué más daba!) mi agenda había consistido en: pensar en bajar a la playa (el resort tenía un trozo de playa privada para clientes), descartarlo porque no quería llenarme de arena, irme a una de las piscinas —una diferente del día anterior— con palmeras para pasar la mañana, almorzar una ensalada de fruta, ir a la peluquería a cortarme el pelo y peinarme —sí, también estaba incluido en el precio—, y darme un masaje.

Estaba viendo anochecer desde mi terraza, el sol hundiéndose poco a poco en el mar. Tenía un té helado en la mano, estaba sentada en una silla y tenía los pies subidos en otra. No tenía ganas de moverme y estaba contemplando pedir la cena al servicio de habitaciones para cenar en la terraza —¿pescado a la brasa, pollo tandoori?—, cuando mi móvil vibró encima de la mesa.

Huh.

Tenía todas las notificaciones apagadas —el Twitter de la empresa, Facebook, Instagram; todo — para que nada perturbase mi paz, así que solo había una razón y una persona por la que el móvil podía vibrar.

Desperté la pantalla, y bingo. Un mensaje de Daniel.

Estoy aburrido. ¿Quieres cenar? Restaurante n° 2.

El restaurante número dos era el de los manteles, velas en las mesas y música suave en directo.

No sería un truco, ¿no?

Me llegó otro mensaje.

NO es una cita. Es comer en compañía.

Lo pensé un instante.

Música, buen ambiente... Los restaurantes también estaban incluidos en el precio, era absurdo

no aprovecharse de ellos. Tenía ganas de ponerme un vestido. Nada más llegar me había comprado un par de ellos en la *boutique* del hotel —largos, vaporosos— que me habían costado un riñón, y no los había estrenado. Total, me pasaba el día en bikini. Tenía el pelo perfecto de la peluquería, lo único que tenía que hacer era quitarme las chanclas y ponerme unas sandalias planas. Pintarme los labios, como muchísimo.

Había ido a descansar, pero tampoco tenía que recluirme a lo monje. Me apetecía prepararme un poco, estrenar un vestido, ponerme algo más que no fuese un bikini.

Calculé mentalmente y respondí al mensaje de Daniel,

Dame media hora.

UN GRUPO de cuatro músicos tocaba jazz suave, subidos a una plataforma al fondo del local.

Llegué con tiempo de sobra: no tuve que hacer nada más que ponerme uno de mis vestidos y unas sandalias planas. Arreglada pero cómoda. Ni collar ni nada, simplemente el pelo suelto de peluquería, y andando. Llevaba un bolso minúsculo para meter la llave de la habitación y el móvil.

Aparte de eso, lo único que hice fue pintarme los labios, otra cosa que llevaba dos años sin hacer, pero se me solían secar bastante y me había comprado un pintalabios color cereza en el hotel para esos casos.

El vestido era largo, vaporoso y suelto, verde hoja, se ataba en la nuca y dejaba los hombros al descubierto. Me sorprendió ver que mi piel tenía cierto color. No estaba morena todavía —tampoco era mi intención tostarme—, pero por lo menos no estaba blanca fluorescente.

Daniel me esperaba sentado en una mesa en una esquina, una copa de vino en la mano. Tenía la mirada puesta en los músicos y eso me dio la oportunidad de poder observarle a él a placer. Camisa blanca con mangas recogidas hasta el codo —no era necesaria chaqueta en aquel restaurante, era íntimo pero informal—, el pelo ligeramente húmedo y rizado en la nuca, como si se acabase de duchar. Tenía la mandíbula definida y una ligera sombra de barba, imprescindible cuando uno estaba de vacaciones.

Llevaba lo que parecían unos pantalones de lino oscuros —no se apreciaba muy bien debajo del mantel—. En definitiva, parecía un anuncio del resort. De hecho, si yo fuese una de las responsables del hotel, le sacaría una foto en ese momento, la vista en los músicos de fondo, la copa en la mano, relajado y atractivo, para usarla en los folletos o en la web.

Me acerqué a su mesa. El restaurante no estaba muy lleno, y me sorprendió, porque el ambiente era ideal: música en directo, manteles oscuros, velas adornando las mesas... quizás un poco demasiado íntimo para la clientela soltera del resort, por lo menos para los tipos como el del Rolex.

Daniel giró la cabeza, me vio y sonrió. Se le formaron arruguitas en el borde de los ojos al sonreír.

Se levantó cuando me acerqué a la mesa, y no volvió a sentarse hasta que lo hice yo. No veía eso desde... nunca. Modales. Increíble.

La vista se le desvió ligeramente hacia la mitad de mi cuerpo, pero reaccionó a tiempo.

—Veo que has llegado sana y salva. ¿No te ha acosado nadie por el camino?

Suspiré.

—Tampoco es algo que me pase muy a menudo. No sé qué está pasando en este viaje.

El camarero apareció dos minutos después de haberme sentado, con las cartas.

Pedí una copa de vino como el que estaba tomando Daniel, mientras leía el menú.

—Es el ambiente —dijo Daniel, mientras soltaba la carta. Se había decidido en un tiempo récord, yo todavía estaba dudando entre cuatro platos.

—¿Mmmm? —respondí, distraída.

No me gustaba comer demasiado por la noche, así que reduje mis opciones a la mitad.

—La gente viene aquí sola de vacaciones, y lo primero que hace es intentar... entretenerse —dijo.

Vale, ya sabía lo que quería. Solté la carta y le miré.

—¿La gente? ¿Entretenerse?—. Me pregunté si ese era su caso—. Yo no sé *la gente*, pero yo he venido aquí a descansar. Totalmente, a lo ameba. De hecho, creí que este resort era famoso por eso... por el descanso, la tranquilidad y la posibilidad de recargar energías.

Parecía que estaba citando el folleto de ventas, pero era cierto: no era un destino vacacional en plan turista típico, donde un niño tirándose a lo bomba en la piscina te podía salpicar en tu tumbona. Tampoco había *buffets* de comida ni hordas de gente por los pasillos, ni nada por el estilo.

El camarero volvió a la mesa y tomó nota de lo que queríamos para cenar.

—En realidad el resort es famoso por su exclusividad —dijo Daniel, siguiendo con la conversación—. Es donde vienen los ejecutivos de Wall Street y los abogados de bufetes prestigiosos a desconectar, convencidos de que han venido aquí a descansar, pero en realidad no pueden despegarse de sus móviles y portátiles y el resto del tiempo se lo pasan emborrachándose y *de caza*.

Sonreí ligeramente. Me acordé del móvil del desayuno, y del portátil que había sacado el día anterior en la piscina.

—Pero no es tu caso, por supuesto —dije, con una sonrisa en la voz.

—Por favor —dijo, fingiendo indignación—. Yo no soy un ejecutivo de Wall Street. Ni un abogado.

No pude evitar reír cuando no desmintió el resto.

El camarero se acercó con los entrantes y los puso en la mesa.

Tenía todo una pinta estupenda. No me arrepentía en absoluto de haber bajado: música, buena comida, buena compañía y buen ambiente. Mucho mejor que cenar sola en mi habitación.

CINCO

— ¿Puedo preguntar a qué te dedicas? —dije.

Nos habíamos pasado la cena hablando de trivialidades, del resort y sus servicios, cual de los masajistas daba mejores masajes, e incluso a veces sin hablar, simplemente cenando en compañía, como si nos conociéramos de antes, como esa gente que puede estar en silencio y no es incómodo. Daniel no me había preguntado nada personal, no sabía si por respetar mi privacidad, pero a la hora de los postres yo no pude contenerme.

—Ahora mismo soy un hombre ocioso —dijo, sonriendo. Levanté las cejas, pidiendo una explicación sin palabras, y siguió hablando—. Acabo de vender mi empresa por más dinero del que puedo gastar en una vida, posiblemente en media docena de vidas, y estoy planeando qué hacer los siguientes meses—. Se inclinó sobre el mantel—. Eso es lo que estaba haciendo con el portátil y el móvil, mirando y reservando circuitos y viajes, no trabajar.

En todo eso que había dicho había un montón de cosas que analizar.

—¿Has vendido tu empresa?

Asintió con la cabeza.

—Skytech.

Me agarré a la mesa.

—¿Eres... eres uno de los dueños de Skytech?

La venta había copado todas las webs de noticias tecnológicas las últimas dos semanas. Un gigante tecnológico había comprado la *startup* por una cantidad indecente de dinero.

—Era. Espera, igual no debería haber dicho eso. No sé si eres una cazafortunas...

—Me has pillado —dije—. En realidad, estoy deseando que se me acerquen más hombres, en cualquier momento. Luego haré una comparativa en una tabla de Excel, y me quedaré con el más rico —me quedé pensando un instante—. Y el más atractivo, nada de millonarios de ochenta años. Un feliz término medio.

Sonrí de oreja a oreja, mostrando una hilera de dientes blancos en contraste con su piel morena. Cuando sonreía su atractivo se multiplicaba, lo cual era difícil, porque ya partía de una buena base.

Sacudí la cabeza para dejar de pensar en su *atractividad*.

—¿No te da pena haberla vendido?

Se encogió de hombros.

—No especialmente. Mis socios estaban de acuerdo. Querían hacer cosas distintas, y nuestra etapa en la empresa había acabado. Además —cogió la copa de vino para tomar un sorbo—, estaba harto de trabajar ochenta horas a la semana. Quiero vivir un poco, viajar, ver mundo. Disfrutar de todo el trabajo que he invertido, antes de que sea tarde.

Sentí una punzada en el pecho cuando dijo eso. Intentaba no pensar en ello, pero el caso es que cuando acabasen aquellas vacaciones, esa iba a ser mi vida... otra vez. Vuelta a la rutina, a la rueda del hámster, otra vez sin vida. “Cuando vuelvas hay que ponerse las pilas, no nos podemos quedar atrás”, había dicho uno de los socios. Me había cogido dos semanas de descanso porque estaba totalmente quemada y ya no daba más de mí, no podía trabajar más, pero el trabajo seguía siendo el mismo. Cuando volviese iba a ser igual, o peor.

Encima la empresa ni siquiera era mía, estaba haciendo todo ese trabajo por un sueldo. Un sueldo muy alto, vale; pero un sueldo, al fin y al cabo.

—¿Y tú a qué te dedicas?

Le dije el nombre de la *startup* en la que trabajaba. Era pequeña, pero era bastante conocida en el sector.

Éramos pocos trabajadores porque para qué iban a contratar más, si los que estábamos trabajábamos como mulas.

Daniel silbó.

—Tienen fama de encadenar a la gente a los escritorios. Pagan bien, eso sí. ¿Y te han soltado para que puedas venir de vacaciones? —preguntó, sorprendido.

—Estaba totalmente quemada. Era parar, o dejarlo. Después de dos años a ese ritmo, no daba más de mí. Las líneas de código se me juntaban unas con otras. Por eso he venido aquí, para no hacer absolutamente nada durante dos semanas, y reponer fuerzas.

Daniel me miró durante unos segundos.

—Para seguir al mismo ritmo cuando vuelvas —dijo por fin.

Se me encogió el estómago solo de pensarlo. Por eso prefería no hacerlo.

—Prefiero no pensarlo, y disfrutar.

Levantó la copa de vino, para brindar.

—Buena filosofía de vida.

Levanté la mía, brindamos, y le vi sonreír mientras bebía de su copa. De repente, sentí como un agujero el estómago, una sensación rara que ya ni recordaba lo que era.

No sabía si eran las dos copas de vino —o tres— que había bebido, pero de repente me vi fijándome en Daniel con más atención de la que era sensata: en los labios, el inferior ligeramente más grueso que el superior, en la piel ligeramente morena, los ojos entre azules y grises que le brillaban a la luz de las velas... Había tenido una perfecta visión de su cuerpo el día anterior, junto a la piscina. No lo había registrado porque en ese momento estaba a otra cosa —a espantar pelmas—, pero se había quedado grabado a fuego en el fondo de mi mente, y cuanto más vino bebía más me venía a la cabeza la imagen de sus pectorales, de los abdominales definidos... posé la vista en el cuello, el primer botón de la camisa blanca desabrochado, el contraste con la piel morena. De repente me imaginé desabrochándole el resto de los botones, poniendo allí los labios...

Acercó la botella a mi copa para rellenarla, pero puse la mano encima.

—No más vino para mí —carraspeé—. Gracias.

Como no teníamos que pedir la cuenta porque estaba todo incluido —bendito lugar—, nos levantamos directamente de la mesa y salimos del restaurante.

—¿Quieres tomar algo en el bar del hotel? —preguntó, sonriendo—. La noche es joven...

Peligro, peligro. Todavía no me había quitado la imagen de su cuerpo de la cabeza, con todos aquellos músculos debajo de la camisa blanca.

No, la noche no es joven, pensé: la noche lo que es es traicionera, y entre la música, la relajación, la buena compañía, la comida y el vino, la posibilidad de cometer un error aumentaba

exponencialmente cada minuto que pasaba.

Sería gracioso que ahora me pusiera yo en plan baboso con el tipo que me había salvado de los babosos.

Así que, a pesar de que era pronto todavía y tenía ganas de quedarme, me despedí y volví a mi habitación.

* * *

AQUELLA NOCHE NO PUDE DORMIR, y eso me molestaba. Llevaba allí dos días y había dormido diez horas cada noche, mi cuerpo recuperándose de todo el sueño que había perdido en dos años. Que era mucho.

Pero esa noche, la tercera, no podía. Daba vueltas y vueltas, me levantaba a subir el aire acondicionado, a coger agua, a estirar las piernas.

Cogí el móvil: las doce y media. Pensaba que era mucho más tarde.

Cerré los ojos y respiré hondo, intentando relajarme. Pero como las anteriores veces que había intentado relajarme esa noche, en mi mente apareció él: Daniel. En diferentes estados de desnudez, en diferentes posturas de...

Suspiré, cogí la botella de agua que había dejado en la mesita en el último de mis viajes al minibar, bebí un trago.

En algún momento tenía que pasar. En los últimos dos años no solo había descuidado mis horas de sueño, mi vida social, mi alimentación, mi descanso y salud mental, en definitiva, nada que no fuera mi trabajo; sino que también había descuidado mi vida personal.

Traducido: no echaba un polvo desde que los dinosaurios caminaban sobre la tierra. Y no echaba un *buen* polvo desde... fruncí el ceño. ¿Alguna vez había echado uno de esos?

En fin, el caso es que tenía que pasar: había llegado allí, estaba descansando, durmiendo, me había dado el sol más que en los últimos dos años, estaba comiendo sano, fruta y verdura, toda comida casera que no veía en un táper de cartón y no estaba frita, me había relajado... y de repente me había reaparecido el deseo. Se me habían despertado las hormonas.

De repente era casi una persona normal, y todas las carencias de los últimos dos años salían a la superficie.

No. No, no no y no. Había ido allí a descansar, no a sudar entre las sábanas y volver de las vacaciones todavía más cansada que antes. Además, me daba pereza.

Si no hubiese cenado con Daniel, no habría pasado nada. Ni habría pensado en ello. Pero claro, no solo tenía un cuerpo perfecto, de escándalo, mordisqueable, también me había entretenido con conversación, con sus formas perfectas de caballero, con sus chistes, su sarcasmo e ironía, su compañía inteligente, y me había pillado por sorpresa.

Con las defensas bajas.

Lo que tenía que hacer era no volver a cenar con él. De hecho, no volver a verle, punto. Ya me había visto con él casi todo el resort, la suficiente gente para que no se me acercase ningún hombre más el resto de mis vacaciones. Podía comprarme un anillo barato de bisutería en la tienda del hotel, incluso, y ya con eso sería suficiente.

Ahora solo tenía que evitarle.

SEIS

— ¡Me estás evitando? —dijo una voz a mi espalda.
Me sobresalté y casi se me cayó la toalla de la mano.

Me di la vuelta. Allí estaba Daniel, en bañador, las manos en las caderas, mirándome con una ceja levantada y otra no. ¿Cómo haría eso? Yo nunca había podido.

—No... no —dije, sin mucha convicción.

Me puse un poco roja, y me dio rabia. ¿Y qué si le estaba evitando? Eran mis vacaciones, no quería complicarme la vida.

—No —dije, esta vez convencida, echando los hombros hacia atrás y mirándole de manera desafiante.

—¿Estás segura? Porque no has contestado a ninguno de mis mensajes, y juraría haberte visto esconderte esta mañana en el desayuno. Y ahora estás detrás de una columna, con las cosas en la mano.

Esta vez me puse muy roja, no un poco, y como siempre que me sentía acorralada, me defendí atacando.

Le había visto al acercarme a la piscina y había intentado irme de allí antes de que me viese. No lo había conseguido, evidentemente.

—¿Y qué si te estoy evitando? Son mis vacaciones. No quiero complicarme la vida.

Dio un paso atrás y levantó las manos, las palmas hacia mí.

—Eh, por mí perfecto. Pero no hay necesidad de evitarme, no soy uno de tus pelmas. No quiero nada contigo. Siento haberte molestado. Nos vemos. O no.

Se dio la vuelta y avanzó unos pasos.

Dios, era idiota.

Yo, evidentemente; no él.

—¡Daniel!

Seguió andando. ¿Ahora iba a tener que perseguirle para disculparme?

Eso parecía.

Empecé a andar a toda prisa, detrás de él, todavía con mi toalla y bolsa de la piscina en la mano, y cuando llegué a su altura le rodeé para ponerme frente a él.

—Daniel, lo siento. Perdona. He sido maleducada, grosera y gentuza —suspiré y le miré. Tenía cara de pocos amigos—. ¿Así vale? Porque puedo tirarme un rato.

—No sé, di algún adjetivo más.

—Mala gente.

Se le movió un lado de la boca, como si se estuviera conteniendo para no sonreír.

—¿Qué problema tienes conmigo?

Cruzó los brazos sobre el pecho. Matizo: cruzó los brazos sobre sus magníficos pectorales desnudos de los que no podía apartar la vista.

Y *ese* era el problema. Lo tenía delante.

—No eres tú, soy yo.

Ahora levantó las dos cejas.

—¿En serio?

—Espera, eso ha sonado mal. Pero es verdad. No tengo ningún problema contigo. El problema lo tengo yo, es mío y solo mío... —miré hacia la zona de las tumbonas, resignada—. ¿Nos podemos sentar? Tengo ganas de soltar mis cosas.

Dudó un momento, y no le culpaba. Acababa de conocerme y le estaba montando ya ese numerito. Desde fuera tenía que parecer que me faltaba un tornillo.

Desde dentro también lo parecía.

—Está bien.

NOS SENTAMOS cada uno en una tumbona, en el lateral, uno frente a otro.

Estábamos muy cerca, o eso me parecía. Necesitábamos más distancia para tener esa conversación. O al menos yo la necesitaba.

Soy una persona directa, pero mi problema en ese momento no era ser o no directa, era que no sabía cómo decir lo que iba a decir.

Dios, daría la vida por un mojito.

—¿Quieres una copa? ¿Dónde está el camarero? —dije, mirando a mi alrededor.

Cuando acabasen mis quince días de vacaciones iba a salir de allí alcohólica. Eso de que los cócteles fuesen gratis no era muy buena idea al final...

—Amy... al grano.

—Vale, vale.

Respiré hondo. No sabía por qué le estaba dando tanta importancia. No es como si le fuese a volver a ver después de esas vacaciones... y no le conocía de nada. Si salía corriendo, con evitarle el resto de mis dos semanas, arreglado.

Ay dios, ¿en qué jardín me había metido?

—No quiero complicarme la vida —empecé diciendo.

—Eso ya lo has dicho antes, pero sigo sin pillarlo. ¿Cómo se supone que te voy a complicar la vida?

Levanté la mano con la palma hacia él.

—Si me dejas decir lo que tengo que decir, esto va a ir mucho más rápido.

—Vale, vale. Dispara.

—Me siento atraída por ti —conseguí decírselo mirándole a los ojos, no a los músculos varios que tenía a la vista. Me sentí orgullosa de mí misma—. No poco. Bastante. Mucho. Hasta el punto de que ayer tuve que salir corriendo después de la cena y luego no pude dormir. Así que ahí lo tienes: no podemos volver a sentarnos juntos, ni hablar, nunca más.

Le vi pasear la mirada, lentamente, por mis piernas y mi escote, hasta llegar a mi cara.

Me puse roja, de pies a cabeza.

—Yo también me siento atraído por ti. Lo que no entiendo es por qué es un problema.

—Pues porque es un problema —no sabía cómo no lo veía, la verdad. Me dispuse a darle explicaciones—. Si me siento atraída por ti, y sigo pasando tiempo contigo y vamos a cenar y nos sentamos juntos a desayunar, o aquí mismo en la piscina, y hablamos, sobre todo si como ahora

mismo no tienes ropa encima, es probable que no pueda contenerme y actúe.

—¿Y actúes? ¿Cómo? ¿Vas a tirarte en plancha encima de mí? —preguntó, partiéndose de risa. Se lo estaba pasando pipa, por lo que parecía.

Crucé los brazos sobre el pecho, y esta vez fue él quien me miró el escote, y no se cortó ni un pelo.

—Pues a lo mejor sí. No parece que tenga mucho autocontrol últimamente. Pero además, no quiero complicarme la vida, ni las vacaciones. Estas vacaciones son para descansar, no para estar todo el día alterada.

—O sea, a ver si me he enterado—. Daniel no parecía capaz de aguantarse la risa. Me alegraba de que encontrase todo aquello entretenido, porque yo no—. Te sientes atraída por mí, yo también me siento atraído por ti, pero no podemos “actuar” sobre ello porque crees que eso es complicarte la vida, ¿es así?

—Es exactamente así.

—¿Y por qué es complicarte la vida? No tiene por qué ser una complicación, en absoluto. A lo mejor es el complemento que necesitas para volver de tus vacaciones totalmente descansada. Porque si no cuando llegues a casa qué vas a hacer al respecto, ¿eh?

Me encogí de hombros.

—No sé. Ponerme Tinder o algo, supongo.

Se inclinó un poco hacia mí, y me puse un poco nerviosa.

—Pero eso es más estrés todavía. Es lo último que necesitas, añadir el trabajo de buscar sexo casual a todo lo que ya vas a tener encima cuando vuelvas.

—¿Y quien te ha dicho que quiero sexo casual? Igual quiero una relación seria que acabe en matrimonio.

¡Ja! Ahora ya no se reía.

Se me quedó mirando, como un ciervo en medio de la carretera cuando le dan las luces largas, y no pude evitar soltar una carcajada.

—Estaba de coña. No quiero una relación seria.

Dios, como si tuviera tiempo...

Se relajó visiblemente.

—Pues entonces ya está. Es la solución perfecta. Así sales más relajada de aquí, y no llegas a casa con ansia de tirarte a lo primero que se mueva. Descansas, duermes, te da el sol y el aire, comes bien, y te vas...

Se me quedó mirando, supongo que buscando la expresión correcta.

—¿Bien follada? —dije, y le vi hacer una mueca.

—Yo no lo habría dicho así, pero sí.

Contemplé la idea. La noche anterior había estado tan ocupada apartando de mi mente todo pensamiento de Daniel y su cuerpo —cosa que no había conseguido— que no había visto aquello desde un punto de vista racional.

Pero igual él tenía razón. ¿Qué iba a hacer cuando llegase a casa? ¿Seguir absteniéndome? Lo de Tinder lo había dicho por decir, yo no tenía esa cantidad de tiempo para andar desperdiciándolo...

Hum.

La idea era buena, pero había cosas que había que concretar primero.

—¿Cuál sería la logística? No quiero sudar mucho, ni cansarme... ¿puede ser una cosa rápida, de cinco minutos?

—¿No quieres sudar mucho? ¿Cinco minutos?—. Me miró con pena—. En serio, Amy, qué

clase de sexo has tenido hasta ahora?

¿Qué pregunta era esa?

—¿De supervivencia, como todo el mundo?

Movió la cabeza a uno y otro lado, con disgusto.

—No estamos en la universidad, por el amor de dios. Somos adultos con cierta experiencia, yo creo que lo podemos hacer un poco mejor que *eso*...

Habla por ti con lo de "cierta" experiencia, pensé, pero afortunadamente me callé a tiempo.

—No quiero complicaciones —dije, con el ceño fruncido.

—No tiene por qué haber complicaciones. Eso no quiere decir que tengamos que conformarnos con cualquier cosa, con cualquier aquí te pillo aquí te mato.

Aquello empezaba a parecer cada vez más un contrato, con condiciones y todo. Empecé a dudar.

—No acabas de estar convencida, ¿verdad?

—Es que no entiendo cómo...

El resto de la frase se me voló de la cabeza totalmente cuando Daniel se inclinó sobre mí. Se movió deprisa, muy deprisa. Me puso una mano en la nuca, me atrajo hacia él y me besó.

No fue un beso suave, ni ligero, ni un roce de labios. Fue una invasión, un beso hambriento, con lucha de lenguas y calor y algún gemido (por mi parte).

Cuando nos separamos para coger aire, tenía las manos enredadas en su pelo, y él las suyas en mi cintura.

Daniel sonrió lentamente, todavía mirándome la boca, y me di cuenta de que le salía un hoyuelo al sonreír. Y de que estaba perdida.

Luego me miró a los ojos.

¿Había dicho que no quería complicaciones? Buena suerte con eso.

SIETE

El beso era una prueba, había dicho Daniel antes de irse. Para demostrar que éramos compatibles.

Aunque yo creo que lo había hecho para que me callara de una vez, pero bueno.

Luego se había ido y me había dejado allí, en la tumbona, totalmente desorientada. Con la piel ardiendo. Había tenido que meterme en la piscina y nadar un rato para volver a ser yo misma.

También me había dicho que me mandaría un mensaje.

Un mensaje, ¿para qué? ¿Una cita? ¿En plan *tal sitio a tal hora*? ¿Era así como iba a funcionar? Igual tendríamos que haber hablado un poco más de cómo iba a funcionar todo aquello, dejar claro el proceso. No me gustaba la incertidumbre. Me gustaban las cosas ordenadas, los planes. No me gustaba la improvisación.

Se suponía que había ido allí a relajarme. Era lo que tenía que estar haciendo, en vez de estar con el ceño fruncido y el estómago lleno de nudos.

Me tumbé y dejé que el sol me calentara la piel, intentando no pensar en Daniel, su cuerpo, el beso de antes, y lo que íbamos a hacer a continuación.

Y casi, casi lo conseguí.

UNA HORA después ya no estaba segura de nada. No conseguía relajarme, estaba en tensión, nerviosa, el más mínimo ruido me hacía saltar.

Se había ido todo a la porra. Respiré hondo, intenté relajarme con el sonido del mar de fondo, pero era imposible.

Ahora que Daniel no estaba delante de mí, sin camisa, confundiéndome, lo veía todo más claro.

Había sido una idea absurda, lo del sexo. No me hacía falta. Era mejor dejarlo todo como estaba. Me gustaba la rutina, el orden.

Además, solo había pasado una hora desde la conversación y el beso —oh dios, mejor no pensar en el beso—. Si iba a echarme atrás, cuanto antes mejor.

Cogí el móvil con un suspiro y me puse a teclear.

Me lo he pensado mejor. Lo siento, Daniel. Es mejor dejar las cosas como están.

Tenía el pulso desbocado en el cuello.

Relájate, ponía en el mensaje que me envió de vuelta.

No puedo relajarme. Es peor que antes, estoy todavía más estresada.

Esperé su respuesta, impaciente.

Ok, no te preocupes. ¿Amigos?

¿Amigos? ¿Habíamos llegado a ser amigos en aquellos dos días? Bueno, estaba la cena del día anterior. Si no éramos amigos, al menos éramos conocidos. Semi-amigos.

No había daño en responder que sí, así que eso fue lo que hice.

Después del intercambio de mensajes, se sentí muchísimo mejor, libre de nuevo, sin ningún peso sobre los hombros. También me sentía un poco decepcionada, pero bueno: con eso podía lidiar. Lo importante era relajarme.

LA LUZ NARANJA del atardecer entraba por la ventana de mi habitación. Otra vez me veía en la terrible decisión de pensar qué me apetecía para cenar. Dejé la carta encima de la cama, donde estaba sentada, y volví la cara hacia el sol, cerrando los ojos.

Me había pasado el resto del día intentando relajarme, recuperar la paz mental. Me habían dado un masaje con unas piedras calientes en la espalda, mientras por los altavoces salía una música de cascada y pajaritos, y entre velas con olor a vainilla. No sabía qué podía haber más relajante que eso.

Luego había terminado la jornada en el jacuzzi, que era mi lugar favorito de todo el resort, los chorros de agua caliente golpeándome los músculos... lo malo era que en el jacuzzi era bastante grande y solía haber más gente. Dos mujeres se habían puesto a hablar sobre el *spa*, lo que iban a hacer cuando llegasen a sus casas, de sus nietos, etc.

Me encantaba el jacuzzi, pero lo malo era que normalmente había más gente en él, y estuviesen hablando o no, no lograba relajarme con gente metida en el mismo cazo de agua caliente que yo. Llámame sibarita.

Así que había salido del jacuzzi y allí estaba ahora, pensando en la cena, en qué me apetecía. Iba a llamar al servicio de habitaciones, no tenía ganas de ir a ninguno de los restaurantes.

Era mi tercer día allí y ya estaba un poco cansada de descansar. Esa era la idea: aburrirme, regenerarme completamente, pero me sentía un poco... no sé. Plof. No quería reconocerlo, pero... estaba aburrida.

Estaba todavía sentada en la cama, mirando a la pared sin decidirme a nada, cuando escuché el *ping* del teléfono a mi lado, y mi humor mejoró al instante.

Era Daniel, evidentemente, para ver si me apetecía probar otro de los restaurantes del resort. Esta vez era uno más informal.

El caso era que sí, que me apetecía.

No pensé en si el ambiente sería tenso o extraño después de aquella mañana. De hecho, apenas pensé en el episodio al lado de la piscina. Solo pensé en que estaba aburrida y no quería cenar sola. Me apetecía prepararme y sacudirme un poco las telarañas de encima.

ME PEINÉ un poco con los dedos frente al espejo, aunque no hacía falta: el pelo castaño, con reflejos dorados, me caía sobre los hombros en un corte a capas que apenas necesitaba mantenimiento. La sesión de peluquería del día anterior había hecho milagros: lo tenía brillante, hidratado, perfecto. Me costaba reconocerme frente al espejo: me había pasado los dos últimos años sin ir a la peluquería, dejándolo crecer asilvestrado, casi siempre recogido en una coleta o moño.

Me puse otro vestido, esta vez más informal, corto y azul turquesa. No quería emocionarme antes de tiempo, pero juraría que estaba cogiendo algo de color. Por lo menos tenía un aspecto más saludable que tres días antes.

Había cabinas de bronceado en el resort, pero me parecía una estupidez broncearte artificialmente si tenías sol de verdad. Si tardabas unos días en dejar de estar blanca como un fantasma, tampoco era un drama.

Me brillaban los ojos, y se me había quitado las bolsas —gracias a la maravilla del *spa* y a los masajes faciales—, supuse que las ojeras todavía tardarían un poco más. Igual tenía que dormir durante un año seguido para eso.

No me maquillé mucho más que el día anterior, aunque tenía tiempo de sobra: no quería echar por la borda mi estado de ánimo de “relax total”. Sombra de ojos, lápiz negro, rímel y el mismo pintalabios cereza oscuro del día anterior. Nada más. Unas sandalias planas, un bolso bandolera pequeño para guardar el móvil y la tarjeta-llave de la habitación, y ya estaba lista.

OCHO

Llegué al restaurante, y allí estaba él, otra vez. Sentado en un taburete a una mesa alta redonda, mirando la carta, con una camisa color azul gris con las mangas recogidas y unos vaqueros desgastados. Estaba bien que llegase antes que yo, así me libraba de tener que esperar sentada allí sola.

Esta vez la música no era en directo, era un hilo musical suave que se mezclaba con las conversaciones y el tintinear de vasos y cubiertos. En ese momento sonaba una versión instrumental de La chica de Ipanema.

Cuando me acerqué, Daniel levantó la vista y sonrió. Me dio un vuelco el corazón y se me abrió un agujero en el estómago, las dos cosas a la vez.

Pero no iba a analizar ninguna de las dos cosas.

El restaurante no era muy grande, unas cuantas mesas altas rodeadas de taburetes, gente comiendo en la barra, con la comida en una especie de cuencos de papel. Original e informal.

—Amy.

Se bajó del taburete y me dio un beso en la mejilla. Estaba tan cerca que podía apreciar su olor a mar, a fresco, y algo más, como los asientos de piel de un coche nuevo. No sabía si era aftershave, colonia, el ambiente, o todo a la vez. Estuve a punto de enterar la nariz en el hueco de su cuello, casi sin darme cuenta.

Compórtate, me dije a mí misma. Solo era un beso en la mejilla, no era para tanto. Empezaba a sentirme como si tuviera quince años.

Se volvió a sentar cuando me senté yo. Me di cuenta de que mi vestido quizás era demasiado corto para aquellos taburetes.

—Me alegro de que hayas venido —dijo.

No detecté ni nerviosismo, ni tensión, ni nada. Como si lo de aquella mañana no hubiera pasado.

Mejor, me dije.

—Tenía ganas de probar este restaurante, pero me daba pereza bajar sola. No es que me importe estar sola —maticé. Aquellas vacaciones eran para estar sola, de hecho.

—Entiendo lo que quieres decir. La tentación de no moverte de la habitación y que te lo lleven todo allí es demasiado grande.

—Exacto. Te amuermas.

Le sonreí, sin querer evitarlo.

HABÍAMOS TERMINADO de cenar y nos habían traído la carta de cócteles. Elegí uno al azar, por el

nombre, y ahora lo tenía frente a mí, en una copa ancha que mezclaba varios colores, entre la sombrillita, la pajita y lo que parecía ser una figura de papel de un flamenco rosa. Solo le faltaba un unicornio.

Daniel había pedido un whisky con hielo. Nuestras bebidas no podían contrastar más.

Quitó el flamenco rosa de la bebida y suspiró.

—¿Algún problema? —preguntó Daniel.

—No exactamente —removí mi cóctel con la pajita. ¿Qué había pedido? No recordaba los ingredientes, la verdad, pero la bebida era de color turquesa—. Este resort es una maravilla, todo lo que prometían y más, pero... me estoy aburriendo un poco. Y solo llevo aquí tres días.

—Creía que esa era la idea.

—Ya, pero estoy acostumbrada a estar súper ocupada, todo el día con la mente llena de cosas. Creo que se me están muriendo neuronas.

Daniel rió ligeramente.

—Puedes aprovechar para planear.

Bebí un poco con mi pajita. El cóctel estaba tan dulce que notaba el azúcar pegándose a mi lengua.

—¿Planear?

—El futuro: qué vas a hacer cuando vuelvas, qué quieres hacer con tu vida, qué te apetece hacer, si tienes algún proyecto interesante pendiente...

Me quedé mirando mi bebida azul turquesa. Lo que iba a hacer cuando volviese era... seguir trabajando, ¿no? Era como mecánico. No tenía discusión. Ni se me había pasado por la cabeza hacer otra cosa.

El caso era que cada vez que lo pensaba, me daba una punzada en el estómago, se me desbocaba el corazón y tenía que respirar hondo unas cuantas veces para calmarme. Vale, volvía a casa, a trabajar... ¿y qué?

—¿Te gustaría hacer otra cosa?

Le miré con los ojos muy abiertos, sin saber qué decir. Daniel siguió con su batería de preguntas.

—¿Te ves haciendo eso dentro de cinco años? ¿Adónde quieres llegar?

Un montón de pensamientos se me estaban aturullando en la cabeza. No me había parado a pensar en todo eso... ¿adónde quería llegar? Buena pregunta.

¿Adónde quería llegar, con jornadas de catorce horas de trabajo y dejándome la salud y la vida?

Ni siquiera era mi empresa, ni mi sueño. A ver, pagaban bien, ¿pero merecía la pena sacrificar mi vida?

—Lo siento, tampoco quería provocarte una crisis vital —dijo Daniel.

—A buenas horas —me bebí el resto de la copa con la pajita, sin parar—. Voy a necesitar otro de estos —dije, levantando la copa vacía—. Pero con más alcohol. Y menos azúcar, si puede ser.

—No tienes tampoco por qué agobiarte. Simplemente, dale alguna vuelta. Normalmente no sabemos lo que queremos en la vida hasta que no nos lo preguntamos.

CAMBIÉ DE TEMA, porque si una cosa no quería hacer era pasarme la noche hablando de mi vida laboral, gracias. Ni la noche ni un momento más.

Estaba contándole a Daniel mi experiencia con el jacuzzi aquella tarde.

—Para ser un resort de lujo, la verdad es que el jacuzzi deja mucho que desear: solo hay uno,

y casi siempre hay gente.

—Eso es porque la muchas de las habitaciones tienen uno.

Me quedé mirándole, pensando que me habían timado. Había pagado una pasta y mi habitación tenía un baño bastante grande, con una ducha de hidromasaje increíble, pero nada más.

—La mía no tiene.

—La mía sí. En la terraza.

—Venga ya.

Me salió del alma. Un jacuzzi en el baño vale, al final supuse que había habitaciones más caras que la mía, pero... ¿en la terraza?

Sonrió y le dio un sorbo a su bebida.

—Es muy fácil de comprobar, si no te lo crees.

No pude evitar reírme.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Puedo enseñarte la habitación, si quieres — hizo una pausa para mirarme a los ojos, y se me aceleró el pulso. Luego añadió, sonriendo—. Está en la web del resort.

Sacó el móvil, empezó a maniobrar, le dio la vuelta y me enseñó la pantalla.

—Eso no es una habitación —dije.

Porque era verdad. No era una habitación de hotel, era la *suite deluxe*, que tenía la habitación propiamente dicha, un salón con sofá y tele enorme, mesa de comedor (y barra de bar), una terraza que debía tener como treinta metros cuadrados, con muebles de exterior para relajarse, sofá y sillones de rafia, sombrillas, y...

Un jacuzzi. En la terraza.

La suite estaba en la última planta, y solo de pensar en lo que debía costar me lloraban los ojos.

Cogí el móvil y empecé a deslizar el dedo por la pantalla, pasando las fotos. Miraba el móvil, levantaba la cabeza para mirar a Daniel, luego seguía mirando el móvil. Eso lo hice unas cuantas veces.

—No te tomes esto como lo que no es, pero... —le devolví el móvil y dije algo que pensé que nunca diría—: ¿puedo ver tu habitación?

Me moría de curiosidad.

NUEVE

—*A* sí que así es como viven los super ricos —dije en voz alta, en cuanto entré en la habitación de Daniel.

Habitación, por decir algo. Era tan grande como un apartamento. Las fotos que había visto en el móvil no le hacían justicia: en directo era todavía más espectacular.

—¿Quieres tomar algo?

Daniel se había metido detrás de la barra del bar. No, no tenía un minibar: tenía *una barra de bar entera*, con un frigorífico con dispensador de hielo, vasos y copas de todo tipo, bebidas e ingredientes para preparar cócteles...

Pensé en las copas de vino que había bebido cenando, y luego en los cócteles.

—No, gracias; será mejor que pare por hoy.

Avancé con pasos tentativos, atravesé el salón y abrí la puerta corredera que daba a la terraza.

Y allí estaba: el jacuzzi. En toda su gloria.

Daniel se unió a mí en la terraza. Se inclinó para darle al interruptor a un lado del jacuzzi. Se iluminó con luces moradas —luego me di cuenta de que iban cambiando lentamente de color— y el agua empezó a burbujear.

Tenía dos botellines en la mano, me tendió uno y lo cogí, levantando una ceja. Le había dicho que no quería nada, pero bueno.

Me respondió sin que hubiese formulado la pregunta.

—Mojito —dijo, señalando con la cabeza mi botellín—. Viene en botellín, pero no está mal.

Le di un trago. No estaba mal, no: estaba muy bien. Estaba helado y me supo a gloria.

Aspiré el aire cálido de la noche. Se oían las olas del mar desde allí, y una música suave que seguramente procedía de alguno de los bares o restaurantes.

Apoyé el botellín en el borde ancho del jacuzzi, me saqué el vestido por la cabeza, y me quité la ropa interior, rápidamente, sin pausa y sin ceremonias.

Le oí tomar aire, aguantar la respiración.

Me metí en el jacuzzi, el agua caliente dándome la bienvenida. Me senté y me deslicé hasta que solo tuve la cabeza fuera.

—Oh dios.

Si hasta entonces había pensado que estaba en el paraíso, estaba equivocada. *Eso* era el paraíso.

Cogí el botellín para darle un trago y miré a Daniel, que estaba quieto, muy quieto fuera del jacuzzi, mirándome.

—Lo siento —dije—, pero esto es lo que pasa cuando invitas a gente plebeya a ver estas cosas de ricos. Se toman libertades.

No se había movido de postura, no se le había movido ni una ceja.

—¿Me oyes quejarme? —dijo, con voz ronca—. Porque no me he quejado.

Solté una carcajada, y cerré los ojos, relajándome.

Un minuto después escuché un *splash*, el sonido de otra persona entrando en el agua, y sonreí ligeramente.

Abrí los ojos y le vi en el otro extremo del jacuzzi, lo más lejos posible de mí. Tenía los brazos extendidos apoyados en el borde, y el agua le lamía los músculos del pecho. Me miraba fijamente con una ligera mueca en la cara, como si le doliese algo.

Sabía que no se iba a acercar.

Empujé su pie con el mío.

—Daniel.

—¿Mmm?

—Ven aquí.

—Joder, gracias a dios.

Se acercó en dos milisegundos. Estaba nerviosa y me latía el pulso en el cuello, desbocado. Esperaba que no se notase mucho.

Daniel empezó a rozarme el cuello con los labios.

Hacía mucho tiempo que no hacía aquello. Ni siquiera me acordaba de la última vez... no tenía que haber dejado pasar tanto tiempo. Dos años eran muchos. Dios, iba a hacer el ridículo.

Subió del cuello al lóbulo de mi oreja.

—¿Amy?

—¿Sí? —dije, distraída.

—Relájate. Te estoy oyendo pensar.

Bajó los labios hasta la base de mi cuello.

—Estoy relajada —dije, en un tono de voz agudo y alto, lo cual desmentía totalmente el contenido de mis palabras.

Levantó la cabeza y los labios de mi hombro (¿no, por qué, por qué?) para mirarme.

—¿Realmente quieres esto? Sabes que puedes usar mi jacuzzi sin nada a cambio, ¿verdad?

Podía ver sus ojos claros a la luz del jacuzzi, las pestañas largas, los labios carnosos... no sabía si el agujero que se había abierto en mi estómago eran nervios, deseo o —lo más probable— las dos cosas a la vez.

Tomé aire y lo solté lentamente, a ver si así me relajaba.

—No es en pago por el jacuzzi, Daniel. Sabes que te encuentro atractivo.

Sonrió lentamente. Me imaginé que se había afeitado aquella mañana, pero la sombra de barba ya empezaba a aparecerle en la mandíbula.

—Vamos por buen camino, entonces.

No sé por qué siempre me parecía que se estaba aguantando la risa.

Acercó su cara a la mía y me besó, lentamente, su lengua acariciando la mía suavemente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Suspiré dentro de su boca.

Cogió mi mano y se la puso en el pecho.

—¿Quieres tocarme?

Esperaba que no se notase que tenía la cara ardiendo, teniendo en cuenta que la única luz era la del jacuzzi.

Demasiado tiempo delante de una pantalla. Se me había olvidado relacionarme con la gente.

—No puedo —respondí, en un susurro.

—¿Por qué?

—Porque estoy muy nerviosa, hace mucho que no hago esto y voy a hacer el ridículo. Dios, me siento como una adolescente.

—Si estás nerviosa podemos dejarlo...

—Ni hablar —dije, y puse una mano en su nuca. Esta vez le besé yo, con un poco de desesperación, antes de que se arrepintiera.

Le oí reírse, bajito.

—¿Quieres que te toque yo, entonces?—. Bajó la mano por mi cuerpo lentamente, no sabía si era para darme tiempo a arrepentirme o para torturarme—. ¿Quieres que te toque aquí? ¿Qué te parece esto?

Podría parecer un poco raro que me lo estuviese radiando, pero era increíblemente excitante y erótico.

Mis pechos quedaban justo por encima del agua. Me acarició los pezones con la otra mano, y luego bajó la cabeza para meterse uno de ellos en la boca. Se lo metió entre los dientes y tiró ligeramente.

Noté una corriente eléctrica del pezón a mi sexo, como si estuviese conectado por un cable eléctrico.

El agua tenía una ventaja, que no podía ver lo que estaba haciendo por debajo. Mientras seguía torturando mis pechos con la boca, la lengua y los dientes, sentí sus dedos posarse entre mis muslos, y di un respingo.

Entonces, sin nada de esfuerzo, deslizó un dedo largo dentro de mí.

Con el pulgar de la misma mano me acarició el clítoris, ligeramente, encontrándolo a la primera.

A la primera.

Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en el borde del jacuzzi, y empecé a gemir, desesperada, sin poder evitarlo.

Solo con lo que había hecho hasta entonces, ya era el mejor sexo que había tenido nunca... ¿cómo era posible?

Entonces curvó el dedo que tenía dentro de mí, y se puso a acariciar un punto en mi interior que hizo que me volviese loca... ¿el famoso punto g? Quién sabe, era mi primera experiencia en el asunto.

El orgasmo fue rápido e instantáneo, como si alguien hubiese pulsado un interruptor. Que quizás era eso lo que había hecho.

Arqué la espalda, empecé a gemir descontroladamente, estiré las piernas y dejé que la sensación barriera mi cuerpo de arriba a abajo, una sensación eléctrica, como una sacudida. Fue largo e intenso, increíble, sin comparación con el típico orgasmo nocturno autoinducido de frotarme durante dos minutos por dentro del pijama.

No se parecía en nada. Era como comparar la liga de las estrellas y la tercera división B.

Cuando me recuperé —más o menos— y pude abrir los ojos, me alegré de estar en el agua: no creo que hubiese podido sostenerme de pie.

Daniel levantó la cabeza de mis pechos y me miró.

—Otra vez —dijo con voz ronca, y esta vez unió un segundo dedo al que todavía tenía dentro de mí.

No iba a poder. Las caricias eran intensas y lentas, pero nunca había tenido dos orgasmos seguidos, era imposible.

—Es imposible, Daniel, no puedo...

Entonces me besó, mientras bajaba la otra mano por mi cuerpo, acariciándome la piel bajo el

agua, hasta llegar a las nalgas, y me empujó contra su mano, rítmicamente, penetrándome con los dedos mientras seguía masajéandome el clítoris con el pulgar.

Y de repente fue todo demasiado, y de repente resultó que sí podía.

Tuve que cortar el beso porque me estaba ahogando.

—¡Sí! ¡Sí sí sí!

Volví a correrme escandalosamente, retorciéndome, gimiendo debajo de sus manos y de su cuerpo, totalmente fuera de control.

ESTABA TODAVÍA TEMBLANDO cuando Daniel me sacó del jacuzzi. No sé cómo lo hizo, porque tengo que reconocer que no fui de mucha ayuda. Prácticamente me tuvo que llevar en volandas. Todavía no había recuperado el control de mi cuerpo ni de mis movimientos.

Me llevó hasta una de las tumbonas. Estaba medio ida, pero a la luz del jacuzzi y del interior de la habitación, que llegaba hasta la terraza, pude ver por primera vez su cuerpo desnudo en todo su esplendor: los pectorales y brazos musculosos, los abdominales marcados que ya sabía que tenía, la uve que llevaba a...

Oh dios. La erección más grande que había visto en mi vida. Vale que tampoco había visto muchas, pero aún así.

Me despejé de golpe.

—Daniel...

—¿*Mmm?*

Se inclinó sobre mí y me besó, mientras sentía su enorme y dura erección golpeándome en el estómago. Bajó los labios por mi cuello y me dijo al oído:

—¿Qué te parece? ¿Quieres que te folle?

Romántico no era, pero efectivo sí. Después de dos orgasmos y después de que casi se me saliesen los ojos de las órbitas con el tamaño de su polla, cuando dijo eso se me contrajeron los músculos, por defecto.

Miré la erección, le miré a los ojos, volví a mirar la erección...

—Qué demonios, hemos venido a jugar.

Empezó a reírse, con la frente apoyada en la mía.

Luego cogió sus pantalones del suelo de la terraza, donde los había dejado caer, sacó la cartera del bolsillo y de ahí un preservativo.

Me quedé embobada viendo cómo se lo ponía, y lo único en lo que podía pensar era en si hacían preservativos talla especial, y... oh dios.

Luego me levantó las piernas, las juntó y las acercó a mi pecho, con las rodillas dobladas. En esa postura apoyó la punta de su sexo en mi entrada húmeda.

Entró lentamente dentro de mí, muy lentamente, ensanchándose poco a poco, mientras yo aguantaba la respiración, hasta que estuvo dentro del todo.

Le sentía hasta la garganta. Estaba llena, hasta el fondo, más de lo que había estado nunca.

—¿Estás bien?

Intenté hablar un par de veces pero no me salían las palabras, hasta que pude decir débilmente.

—Daniel...

—¿Sí?

—¡Daniel! —grité, y entonces fue cuando empezó a moverse, despacio, entrando y saliendo, y se me nubló la vista.

Gemí y grité, descontrolada, sin saber lo que estaba diciendo. *Daniel sí, Daniel por favor,*

Daniel más, más fuerte. Todo eso dije, o más bien grité, una y otra vez, en cada embestida, cada vez que le sentía dentro de mí, retirarse y entrar, una y otra vez, volviéndome loca, mientras pensé en un momento dado que si una podía morir de placer no me quedaría mucho, pero que no era una mala forma de morir, tampoco.

—Por favor, Daniel, más... más deprisa.

—¿Más deprisa? ¿Estás segura?

Aumentó la velocidad, la potencia, y empecé a ver las estrellas.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Sí!

Se me fue la cabeza y empecé a decir incoherencias en voz alta.

—Fóllame bien, fóllame —empezó a rotar las caderas, penetrándome en círculos. Despegué la espalda de la tumbona—. ¡Ah! Sí, así sí... oh dios, ¡Daniel!

Fue cuando empecé a correrme, otra vez, esta vez con todo el equipo, temblores, espasmos, gritando, retorciéndome, mientras Daniel me penetraba más y más deprisa, más y más fuerte.

—Aaaaah, ¡joder joder, sí! —gritó, fuera de control, hasta que cerró los ojos, se quedó dentro de mí y se corrió él también.

Increíble. Había sido increíble. Iba a tener agujetas en las piernas una semana, pero merecía totalmente la pena.

DIEZ

Me desperté en un mar de sábanas blancas, totalmente estirada en forma de equis, en una cama enorme.

Estiré los brazos y las piernas, moví los dedos de los pies. No me acordaba de la última vez que me había sentido tan bien.

Daniel no estaba, estaba sola en la cama inmensa, pero llegaba hasta mí un maravilloso olor a café, así que no podía andar muy lejos.

Me puse a pensar tres segundos en mis opciones: ¿ducha, o primero desayuno? Necesitaba ropa limpia, no quería volver a ponerme lo de ayer. Aparte de que mi vestido y ropa interior debían estar en algún lugar de la terraza, donde me lo había quitado, al lado del jacuzzi.

También podía ducharme y ponerme un albornoz, supuse que Daniel podía tener uno de sobra. Y al ser un hotel-spa la gente se paseaba en albornoz por los pasillos, sin problema.

¿O primero café?

La decisión se tomó por mí cuando se abrió la puerta blanca corredera de la habitación y apareció Daniel, con una taza de café en la mano.

Una taza de café en la mano, cara de sueño, pelo desordenado de haber dormido, el mentón sin afeitarse... llevaba una camisa blanca abierta sobre el pecho musculoso y moreno a la vista, y esos abdominales...

Estuve a punto de pellizcarme para ver si todavía seguida dormida. O si todo había sido un sueño.

Se acercó sonriendo, con la taza en la mano.

Era tan guapo que podría estar horas solo mirándole.

Sabía que no había soñado ni imaginado lo de la noche anterior: tenía ligeros dolores y escozores en los lugares justos para saber que había sido usada (y bien usada). Nada que una hora —o dos— en el jacuzzi no arreglara.

Se sentó en el borde de la cama. Tenía el pelo húmedo de la ducha y olía al gel verde de lujo que había en los baños de las habitaciones. Lima y mandarina, *mmm*.

El único vestigio de la noche anterior eran los ojos ligeramente hinchados, de no haber dormido mucho.

—Buenos días.

Fue entonces cuando me fijé en la cantidad de sol que entraba por la ventana.

—¿Qué hora es?

—Las once.

¡Las once! Vale que estaba de vacaciones, pero no solía levantarme tan tarde. Normalmente me costaba quedarme en la cama más tarde de las ocho, estaba acostumbrada a un horario y era muy

difícil cambiarlo.

—¡Las once! —me reincorporé de golpe en la cama, me di cuenta de que estaba desnuda, me tapé con la sábana.

A buenas horas.

Se le formaban unas arruguitas atractivas en el borde del ojo cuando sonreía. No podía dejar de mirarle, estaba alelada.

—Te dejo esto aquí —apoyó la taza en la mesita—. Hay un albornoz limpio en el baño. He pedido el desayuno, o mejor dicho un *brunch*, estará a punto de llegar.

Parpadeé dos veces. ¿La gente seguía usando el término *brunch*?

Daniel me dejó sola para que me levantase y despejase. Lo agradecía, porque no me había lavado ni la cara, no quería ni pensar en el aspecto que tenía que tener.

Me bebí media taza de café sin salir de la cama, para que se me quitaran las telarañas del cerebro.

Fui al baño, me lavé la cara y los dientes —había un cepillo de dientes sin abrir del hotel, ese fue el que usé—, me peiné un poco con los dedos —no sirvió de mucho—, me puse el albornoz de rizo gris que había colgado en una percha en el baño —y que me quedaba enorme, tuve que enrollarme las mangas— y fui hasta la salita, con lo que quedaba de mi taza de café en la mano.

Daniel estaba leyendo el periódico, frente a una mesa que tenía de todo: fruta fresca, tortitas, bacon, huevos revueltos... lo que era un *brunch*, vamos.

Supuse que había llegado cuando yo estaba en el baño.

Soltó el periódico cuando abrí la puerta corredera. Avanzó hacia mí y antes de que me diera cuenta me estaba besando, cogiéndome de la cintura e inclinándose hacia el suelo, como en las películas.

Cuando terminó de besarme me enderezó y solté una carcajada.

—Buenos días —dije, contestando por fin a su buenos días de antes.

Me llevaba un rato despejarme por las mañanas, era verdad. Pero no me importaba que me despertaran de esa manera, con un café antes de salir de la cama y un beso de película.

ESTABA CORTANDO una tortita con frambuesas —frambuesas *frescas*— mientras Daniel atacaba un plato enorme con bacon y huevos revueltos —¿dónde metía todo eso? Si yo comiese eso engordaría dos kilos al instante—, cuando la puerta de la habitación se abrió.

Miramos los dos en dirección a la puerta, supongo que esperando —al menos yo lo esperaba— que fuese limpieza de habitaciones, pensando por un instante en si Daniel se había acordado de poner el cartel de “no molestar”. Pero cuando la puerta se abrió del todo, quien entró no fue el servicio de limpieza de habitaciones.

Fue una mujer espectacular, delgada como una modelo, con el pelo rubio y liso planchado, vestida impecablemente, con una gafas de sol enormes apoyadas en el pelo, y una maleta mediana con ruedas.

Me quedé quieta como una estatua, los cubiertos en la mano, paralizada en medio del proceso de cortar mis tortitas.

—Daniel —dijo la desconocida, en una voz grave y profunda, como de mujer fatal.

—Malory.

Solté los cubiertos de golpe —hicieron *clang* al chocar contra el plato— y me levanté de un salto, sin saber qué hacer.

Oh dios oh dios *oh dios*... ¿quién era aquella mujer? Miré a la recién llegada y a Daniel

alternativamente, pero Daniel parecía haberse olvidado de mi existencia, toda su atención estaba fijada en la mujer de la puerta. *Malory*, la había llamado.

—¿Qué haces aquí? —dijo Daniel, con una voz llena de furia que no le había oído nunca.

Ella no contestó. Me miró de arriba a abajo, con desprecio.

—Vaya. No sabía que este hotel también ofrecía esa clase de... servicios.

Crucé los brazos sobre el pecho. Sabía que aquello no pintaba bien, teniendo en cuenta que la mujer arrastraba una maleta con una mano, y en la otra tenía la llave de la habitación de Daniel.

—¿Quién es? —le pregunté.

A Daniel no le dio tiempo a responderme, si es que iba a hacerlo.

La mujer soltó una carcajada.

—Esa no es la pregunta, cielo. *Yo* —dijo, señalándose a sí misma con una mano de manicura perfecta— soy su mujer. La pregunta es, ¿quién eres tú?

ONCE

Erré la puerta de mi habitación de un portazo, y solté todo lo que llevaba entre los brazos —el vestido del día anterior, los zapatos, la ropa interior, el bolso— en el suelo.

De alguna manera tendría que devolverle al bastardo el albornoz que llevaba puesto. Por un momento, antes de salir disparada de su *suite* y de la escena de culebrón que se había montado, pensé en quitármelo allí mismo y volver desnuda a mi habitación. Pero por muy enfadada que estuviese, bastante humillación era tener que volver en albornoz, para encima añadir otra humillación más solo para expresar mi furia.

Probablemente fuese suficiente con dejarlo en el carro de la limpieza de habitaciones. Porque de una cosa estaba segura: no íbamos a volver a compartir aire, ese gusano y yo.

Asqueada de todo, me quité el albornoz —también podía *quemarlo*— y me metí en la ducha.

En mi ducha de hidromasaje que era suficiente para mí, gracias, no necesitaba jacuzzis en terrazas ni nada más.

Le di al agua fría, para ver si se me pasaba el cabreo.

¡Dios!

Mientras el agua me golpeaba en la cara, recordé la escena que acababa de vivir, más propia de un culebrón que de mi vida.

En cuanto la mujer de la habitación —la mujer de Daniel, qué te parece— respondió a mi pregunta, me moví lo más rápido que pude. Cogí mis cosas que estaban desperdigadas por toda la *suite* —la ropa en el suelo de la terraza, mi bolso encima de una mesa— en diez segundos y en dos más estaba saliendo por la puerta. Me gustaría decir que Daniel había intentado detenerme, pero yo creo que ni se había dado cuenta de que me había ido. Estaba demasiado ocupado discutiendo con *su mujer*, que si por qué has venido, que si qué haces aquí, que si cómo has conseguido una llave, etc.

Me había vuelto transparente de repente, como si no existiera. Ella se había apartado para dejarme salir, sonriendo con aire de superioridad, pero nada más.

Que le den, a todo y a todos. No necesitaba nada de eso, ni la escena ni la humillación ni los dolores de cabeza.

Le di al dosificador del bote de gel de marca pijo que estaba atornillado en la pared de la ducha, y me enjaboné con cierta violencia.

* * *

UNAS HORAS después estaba en la playa, en una tumbona, semioculta por una sombrilla. El resort tenía una pequeña playa privada de arena blanca y agua turquesa a la que se accedía por un

pequeño camino, directamente desde el hotel. Estaba pegada al resort, tanto que se podía pedir bebida y comida con la *app* para que te la trajeran.

No había pisado la playa hasta ese día porque no me apetecía llenarme los pies de arena, la verdad, y con tantas y tan maravillosas piscinas no me había hecho falta. Pero con todo el drama de Daniel y su mujer, no me apetecía quedarme en la piscina o zonas comunes, por si acaso me los encontraba.

Así que allí estaba, en una tumbona, escondida detrás de una sombrilla.

¿Ves? Ya me habían fastidiado las vacaciones. Eso me pasaba por romper mis propias reglas, por relacionarme con gente. Estaba allí para estar sola y descansar, había roto las normas para liarme —o lo que fuera— con Daniel y estaba sufriendo las consecuencias.

Tampoco sabía cuántos días le quedaban a Daniel de estancia en el resort, se me había olvidado preguntárselo. Igual tenía suerte y en un par de días me los quitaba de encima.

Daba igual. De momento estaba allí, ocultándome, exiliada, y no era así como pensaba pasar mis vacaciones de ensueño. No señor.

Suspiré y pinché un trozo de sandía con el tenedor, de la ensalada de fruta que me había pedido. Al final no había desayunado con todo el follón, y tampoco había comido nada en todo el día, tenía el estómago hecho nudos.

Cogí el móvil. Siete millones de llamadas perdidas, cuatro mil millones de mensajes de texto. Los borré todos sin leerlos. Luego fui a contactos y bloqueé el número de Daniel.

Hala, ya estaba. Tranquila otra vez. Ahora solo tenía que esconderme unos días, o en la playa o quedándome en mi habitación.

Perfecto. Había pagado una pasta indecente por unas vacaciones para jugar al escondite.

Una mano apareció por debajo de mi sombrilla, sujetando un mojito helado. Me quedé mirando la mano de dedos largos, la muñeca morena...

No. No, no y no.

Cuando no cogí el mojito, el resto del cuerpo siguió a la mano y apareció detrás de la sombrilla.

—¿Me has bloqueado?

Daniel tenía el móvil en la mano, como si me estuviese llamando o intentando llamar en ese momento.

Le miré con odio, luego me di cuenta de que tenía las gafas de sol puestas y daba igual cómo le mirase.

—¿Tú qué crees?

Volvió a tenderme el mojito que tenía en la mano.

—Es para ti.

Era un ser despreciable, pero tenía sed así que cogí el mojito helado y bebí un buen trago.

—Gracias —dije—. Y adiós.

—Tenemos que hablar —dijo, sin moverse.

—No. No tenemos nada de qué hablar. No tengo nada que decirte, y tampoco me interesa nada de lo que puedas decir.

Me había venido bien el mojito, pero si Daniel no se iba pronto, corría el riesgo de que se lo tirase encima de la cabeza.

—Déjame que te explique...

Le corté.

—No tienes nada que explicarme. Además, ¿qué haces aquí? ¿No tienes miedo de que tu mujer se entere de que estás aquí conmigo y te monte otro pollo?

—No es mi mujer. Es mi exmujer.

—Pues alguien debería decírselo, porque no parece saberlo.

—Amy... estamos divorciados. Además, hace un año. Si no me crees mira en las páginas de cotilleos.

¡Mierda! Ya decía yo que me sonaba de algo la mujer. No *parecía* una modelo: Era modelo de verdad.

Yo no lo hice, pero él sí y me enseñó una búsqueda rápida que había hecho en su móvil: fotos de la mujer de su habitación con su nuevo novio, noticias sobre el divorcio, etc.

—¿Y cómo ha entrado en tu habitación?

Daniel cogió una de las tumbonas y la puso al lado de la mía. No le había invitado a sentarse, pero supuse que se había cansado de estar de pie al sol.

—Después de una conversación muy larga e incómoda con el tipo del mostrador de recepción, he conseguido averiguar que enseñó una identificación antigua para demostrar que era mi mujer, con mi apellido todavía pegado, diciendo que quería darme una sorpresa o no sé qué estupideces. La verdad es que la seguridad del hotel deja bastante que desear. Pienso poner una queja, no puede ser que le den a cualquiera una llave de mi habitación sin más.

Le miré con sospecha.

—¿Si estáis separados, por qué ha montado ese numerito?

—Divorciados, estamos divorciados —matizó Daniel, y luego contestó a la pregunta—. Porque quiere volver conmigo. Cómo pretende que volvamos a estar juntos, después de la escena que ha montado, no me entra en la cabeza. Pero bueno, tampoco es muy lista que digamos.

—¿Quiere volver? ¿Sigue enamorada de ti?

Daniel echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. La primera vez que le oía reírse —y se reía y sonreía muy a menudo, me encantaba eso de él— desde que su mujer —exmujer— había aparecido por la puerta de la habitación.

—Enamorada de mi dinero. Desde la venta de la empresa no me deja en paz, vine aquí en parte para descansar y en parte para huir de ella y su “estamos hechos el uno para el otro”. Dios, es cansadísimo. Ni quiero pensar en cómo me ha encontrado.

Suspiré y tomé otro sorbo del mojito helado antes de que se calentase.

Era una buena explicación. Probablemente fuese cierta, también. Pero la verdad era que no importaba.

—Daniel... esto era exactamente lo que quería evitar. Este tipo de cosas, de complicaciones. Lo único que quiero es descansar. Es a lo que he venido aquí.

No a protagonizar mi propio culebrón.

—La vida es así, Amy. Complicada, desordenada. Es lo que la hace divertida.

¿Divertida? No había nada de divertido en la escena de su habitación.

No, gracias. Me merecía un descanso, sin dramas, sin problemas de otros. Lo siento si sonaba mal, pero era lo que era.

—Me da igual, Daniel, ni siquiera es asunto mío. Me estás dando explicaciones y no me hacen falta, de verdad. Lo único que quiero es descansar. Sé que lo que me has dicho es verdad, pero realmente no es importante. No somos más que un rollo de una noche.

Parecía herido, y me pregunté por un momento si no tenía que haber medido mis palabras.

—Puede que solo seamos *un rollo de una noche*, pero no quiero que pienses que soy una basura que engaña a su mujer. Simplemente, quería dejarlo claro —dijo, con voz helada. Luego se levantó de mi lado—. Siento haberte molestado.

Daniel se fue, e intenté no sentirme mal. Intenté también no acordarme de la noche anterior, de

los orgasmos, de todo lo que habíamos hecho, de lo bien que había dormido y lo relajada que me había sentido al despertarme esa mañana.

De la forma que tenía de besarme, esos besos profundos que parecía que quería devorarme de un solo bocado.

Todo eso estaba bien, pero había tenido un precio. Y el precio era mi tranquilidad.

Suspiré y me terminé el mojito. No había manera de ganar.

DOCE

A l día siguiente, a la hora del desayuno, seguía pensando lo mismo: no había manera de ganar. Daniel estaba sentado a una mesa del restaurante, desayunando tranquilamente, un periódico abierto sobre la mesa, a su lado.

Estaba solo, por supuesto. Cuando se había ido de la playa había curioseado un poco online, y sí: llevaba más de un año divorciado, dos años separado. De hecho, su mujer había estado saliendo con un cantante famoso —aunque supuse que menos rico que Daniel— hasta hacía nada de tiempo.

Y no había manera de ganar porque a), todavía me sentía fatal del día anterior, y b), había terminado estropeando mis vacaciones de una manera u otra. La noche anterior había llamado al servicio de habitaciones y cenado sola, en la terraza, y me había aburrido. Mucho. También eché de menos ir a un restaurante, la música, conversar con alguien amigablemente.

Se había alterado mi equilibrio. Me había acostumbrado a tener compañía, y ahora el aburrimiento me pesaba como una losa.

Eso sin hablar de las cosas que había echado de menos durante la noche.

Quería acercarme a la mesa de Daniel... ¿y decirle qué? Había estado quejándome de los acosadores, y ahora la acosadora era yo. Me quedé un poco dudando en el borde del restaurante, sin saber qué hacer.

Tenía que disculparme, sí o sí.

Le había tratado fatal el día anterior, qué menos que darle la oportunidad para que él hiciese lo mismo.

Me acerqué a la mesa.

—Hola. ¿Puedo sentarme?

Daniel levantó la vista del periódico que estaba leyendo.

—Buenos días.

No dijo nada más, y nos quedamos mirándonos.

—Me preguntaba cuánto tiempo ibas a estar en la esquina del restaurante, escrutándome.

—No soy una acosadora.

—Me alegro por ti.

—¿Me puedo sentar? —volví a preguntar, esta vez con un poco de impaciencia. Iba a disculparme, sí, pero también él podía poner un poco de su parte.

Hizo un gesto a la silla que tenía enfrente.

Me senté.

—Solo quería disculparme por lo de ayer. Tenías razón, no era culpa tuya y reaccioné exageradamente.

Como no dijo nada, seguí hablando.

—Fue una situación incómoda. Con tu mujer en la habitación... exmujer —me corregí—, y yo en albornoz.

Nada. Silencio.

—Que por cierto, tengo que devolverte—. Me levanté, más no podía hacer—. Que tengas un buen día.

—Siéntate.

Eso hice, de golpe.

—No has desayunado, ¿verdad? —me preguntó.

—No, acabo de llegar.

Llamó al camarero con la mano.

Pedí el desayuno, y no hablamos de nada más hasta que llegó el camarero con mis tortitas con nata y frambuesas —igual que las que había dejado el día anterior, sin tocar, en su habitación— y mi café.

Vale, igual no era el desayuno más sano del mundo —aunque contenía fruta: las frambuesas—, pero necesitaba comer, no era como si tuviese que hacer dieta: cuando había llegado al resort se me notaban los huesos de la cadera y tenía la piel gris.

Empecé a desayunar y Daniel seguía sin hablar. Yo no sé cuánto tiempo más iba a poder seguir callada sin soltar tonterías, como era mi costumbre.

No era un silencio normal, como los primeros días que habíamos desayunado juntos o cuando habíamos estado al borde de la piscina también juntos.

Era un silencio incómodo.

La situación más incómoda del mundo, cómo me arrepentía de haberme quedado a desayunar.

—¿Me echaste de menos ayer?

Levanté la vista de mis tortitas. Me acordé de repente de la noche que habíamos pasado en su habitación, del jacuzzi...

Daniel sonrió, como si pudiera leerme el pensamiento.

—Me refiero a la cena.

Iba a ser sincera, porque total, no tenía nada que perder. Además era mi forma de ser, decir todo lo que se me pasaba por la cabeza. Difícil ser de otra manera, a aquellas alturas.

—Sí, me aburrí un montón. Estoy acostumbrada a estar sola y no hacer nada, y de repente ayer me subía por las paredes, no sé por qué.

Sonrió lentamente, levantando solo una comisura de la boca.

Dios, qué guapo era. Y atractivo. Y todo. Esa mañana no se había afeitado, y no podía dejar de imaginarme cómo se sentiría la mandíbula raspando en mi cuello... y en otras partes del cuerpo.

—¿No sabes por qué?

La voz se deslizó por mi piel, sugerente. También es verdad que Daniel podía decir cualquier cosa y hacer que sonara sugerente. *Pásame la sal*, por ejemplo.

Se inclinó un poco sobre la mesa.

—¿Sabes de qué tengo ganas? —dijo, en el mismo tono de voz.

Me incliné yo también un poco sobre la mesa. Los ojos no eran ni azules del todo ni grises, eran una mezcla de los dos colores. Y se le oscurecían cuando estaba excitado.

—¿Es una pregunta retórica? —dije.

Sonrió enseñando los dientes.

—Por supuesto.

Aún así, contestó a su propia pregunta:

—Tengo ganas de llevarte a la habitación, separarte las piernas y enterrar la cara entre tus muslos—. En ese momento dejé de respirar—. ¿Te han atado alguna vez?

¿Qué? Tragué saliva.

—No creo que esta sea una conversación apropiada para tener en la mesa del desayuno. Por lo menos si uno está desayunando en público.

—En eso te equivocas. Es una conversación apropiada en cualquier momento.

Lo dudaba bastante. Negué con la cabeza.

—Cuando acabe de desayunar, voy a ir a por mi bikini y a tirarme en una tumbona un número indeterminado de horas, como todos los días. No es negociable. Entra dentro de mi plan de “extrema relajación”.

—Hay... *actividades* más relajantes.

De repente me sentí sexy y deseada, no como una hormiga en un hormiguero, que es como me había sentido los últimos dos años.

Como una hormiga cuyo único cometido era llevar migas de pan hasta el hormiguero, como las otras hormigas.

O como un hámster corriendo en una rueda dentro de una jaula.

Esa había sido mi vida hasta entonces. Pero de repente me había dado cuenta de que había otra, y me sentía como un topillo, parpadeando cuando ve la luz del sol al salir de la madriguera.

TRECE

Señalaba que ir a mi habitación a ponerme el bikini y coger las cosas para bajar a la piscina, y Daniel se empeñó en acompañarme.

Bueno, la verdad es que no tuvo que empeñarse mucho.

Estaba nerviosa, con la piel caliente, un poco —*ejem*, bastante— excitada con lo que me había dicho en el desayuno.

Sinceramente, esperaba que me atacase en cualquier momento.

Esperaba que me atacase en el ascensor, en el que subimos solos, y cuando no lo hizo tengo que confesar que me sentí un poco decepcionada.

Luego me esperó en la entrada de mi habitación mientras me ponía el bikini en el baño, uno de los vestidos sueltos con los que bajaba a la piscina encima, mientras cogía la bolsa, las gafas de sol, mi toalla turca de tiras de colores, que no pesaba nada, y mi bolso de paja.

Y cuando tampoco me atacó en la habitación, esta vez me sentí *muy* decepcionada, para qué negarlo.

Pero bueno, había sido yo quien le había dicho que no era negociable bajar a la piscina, ¿no?

Le acompañé a su *suite* para que él cogiese sus cosas y se pusiese el bañador. Le seguí por el pasillo con el ceño fruncido, un poco enfurruñada sin saber exactamente por qué.

Abrió la puerta de su *suite* y me dejó pasar primero. La verdad era que me venían flashes no agradables del día anterior, la escena de su exmujer en medio del *brunch*.

Daniel cerró la puerta, me di la vuelta para decir algo y antes de darme cuenta mi bolsa y mi toalla estaban en el suelo, y yo estaba contra la pared, la lengua de Daniel en mi boca, sus manos debajo de mi vestido.

Oh, sí.

* * *

—Dios, pensaba que no ibas a hacer esto nunca —dije, cuando paramos de devorarnos para coger aire.

Daniel estaba intentando quitarme el vestido —era un poco complicado porque salía por la cabeza— mientras yo hacía lo propio con su camisa. Al final me impacienté y tiré de los lados, con todos los botones saltando por el suelo.

Soltó una carcajada y por fin me quitó el vestido y me quedé en bikini.

Oh dios, de repente me había entrado el ansia. Le metí la mano por dentro de los pantalones, y agarré su erección dura y caliente.

Hizo un ruido en el fondo de la garganta y empezó a besarme el cuello.

—Amy...

Moví la mano arriba y abajo.

—Daniel...

Se quedó jadeando en el hueco de mi cuello mientras me desataba las cuerdas del bikini. Acaricié mis pezones y aumenté el ritmo con la mano.

—Vamos al jacuzzi —dijo con voz ronca.

Paré el movimiento de mi la mano.

—¿Ahora?—. Miré hacia la terraza. Era de día. Era *muy* de día. Y en ese momento lo único que tenía puesto era la parte de abajo del bikini, totalmente húmeda y arruinada.

El otro día cuando habíamos estado en el jacuzzi y en la terraza era de noche y nadie podía vernos, pero ahora...

—No se ve nada —dijo Daniel, adivinando lo que estaba pensando—. No hay nada alrededor. Mira, ven.

Me cogió de la mano y me llevó hasta la terraza y, efectivamente, no había nada alrededor.

Bueno, cuando decía nada me refería a seres humanos. Las vistas eran... simplemente espectaculares. La vez anterior era de noche y no había podido ver nada.

El mar en el horizonte, en diferentes tonos de azul, salpicado de barquitos blancos como puntos en la distancia...

Había una sombrilla abierta al borde del jacuzzi, supuse que para poder estar a remojo sin que te diese una insolación. Daba el sol en toda la terraza. Ni siquiera hacía falta bajar a la piscina, a no ser que uno quisiera nadar. Era como un pequeño oasis.

Me había tapado los pechos con un brazo en un absurdo ataque de pudor, pero cuando vi que, efectivamente, no había absolutamente nadie que pudiese vernos —a no ser que pasase un helicóptero muy cerca— me quitó el brazo y el sol me calentó la delicada piel de los pechos.

Sería interesante tomar el sol sin preocuparse por la marca del bikini.

Pero eso era algo a contemplar en otro momento. En ese, me metí en el jacuzzi.

El agua no estaba del todo fría, pero tampoco caliente, como el día anterior, lo cual era de agradecer con el calor.

Daniel maniobró con los mandos antes de entrar y los chorros se pusieron en funcionamiento.

Cerré los ojos y me estiré dentro del jacuzzi. No había nada mejor que eso, estar tumbada mientras el agua golpeaban todos mis músculos, soltando todos los nudos y relajándome, más de lo que ya lo estaba.

Daniel se acercó a mí y me besó suavemente, no con la prisa de antes, mordisqueando ligeramente mis labios. Me quitó la parte de abajo del bikini debajo del agua y la dejó al borde del jacuzzi.

—Date la vuelta —dijo, con voz ronca de deseo.

Eso fue lo que hice, agarrándome al borde del jacuzzi, intentando quedarme quieta de rodillas. Era casi imposible, la fuerza del agua hacían que moviese el cuerpo en todas direcciones.

Daniel me movió y me colocó justo enfrente de un potente chorro de agua. Deslizó la mano hasta mi sexo y me separó los labios, para que la fuerza del agua me masajeara el clítoris.

Gemí un poco, en voz baja, echando la cabeza hacia atrás.

La sensación era maravillosa, el calor concentrándose en la parte baja de mi estómago, el placer aumentando cada vez un poco más, lentamente, con cada caricia del agua.

Entonces sentí la punta de su sexo duro desde atrás, en mi entrada caliente y húmeda. Movié las caderas hacia adelante y me penetró de un empujón decidido.

—¡Ah!

Era complicado hacer aquello debajo del agua, con chorros por todas partes, pero Daniel no perdió el equilibrio y me sujetó las caderas para que no me moviera, mientras me penetraba desde atrás, con embestidas fuertes, metiéndome su polla hasta dentro, una y otra vez.

Aquella postura era grandiosa, le sentía dentro de mí, invadiéndome, mientras el chorro de agua masajeara mi clítoris y no pude más, me corrí en tiempo récord, menos de un minuto, gritando y empujando hacia atrás para que me penetrara más, más profundamente.

—Daniel... —dije, con un hilo de voz.

—¿Sí? —preguntó, pasando la lengua por el lóbulo de mi oreja, sin parar, sin dejar de embestirme ni un instante.

—Más... más, por favor.

—¿Así?—. Me agarró más fuerte de las caderas y aumentó la velocidad y la fuerza, penetrándome con golpes secos. Tuve que sujetarme al borde del jacuzzi para no caerme por encima.

—¡Sí! ¡Sí!

—Amy... —dijo Daniel en mi oído, con la respiración agitada, sin dejar de embestir— podría estar todo el día follándote, y eso es lo que voy a hacer... vamos a pedir comida y vamos a seguir, luego vamos a pedir la cena y vamos a seguir, hasta que no podamos salir andando de la habitación.

—Sí... sí por favor, sí...

No sabía ni lo que estaba diciendo, le habría dicho que sí a cualquier cosa, y entonces fue cuando otro orgasmo me barrió y escuché gemir, jadear y jurar a Daniel detrás de mí. Se quedó clavado con su cara en mi nuca y se derramó dentro de mí.

CATORCE

Eogí el café con hielo que acababa de prepararme en el bar/barra/cocina de la *suite* de Daniel. Era una maravilla: tenía dos cafeteras de cápsulas distintas con todo tipo de modalidades de café, tés y otras bebidas, por si uno quería un café rápido sin tener que llamar al servicio de habitaciones.

Vale, igual no era lo más ecológico del mundo, pero era cómodo, y por un par de semanas iba a olvidarme de todo y me iba a centrar solo en mi comodidad. Para variar.

Después del jacuzzi nos habíamos quedado tomando el sol en la terraza. Pedimos el almuerzo en la habitación, y solo nos habíamos vestido para comer, porque teníamos que abrir al servicio de habitaciones que nos trajo la comida y no había más remedio.

Yo llevaba encima el vestido que me había puesto para ir a la piscina, que era suelto, tipo caftán, y me llegaba hasta el muslo, sin nada debajo. Ni sabía dónde estaba mi bikini, ni creía que lo iba a necesitar a corto plazo.

Salí a la terraza con mi café helado para preguntarle a Daniel si quería algo. Estaba descansando encima de una tumbona, con el bañador puesto, su excelente cuerpo al sol de media tarde, y un sombrero de paja sobre la cara.

Tenía toda la pinta de haberse quedado dormido. Aunque no le veía la cara, el pecho le subía y le bajaba con la respiración, rítmicamente, y tenía una pierna y un brazo fuera de la tumbona.

Me bebí el café con hielo de un solo trago, pero no me quitó la sed. No había nada que me pudiera quitar la sed.

Bueno, en realidad sí había algo.

Dejé el vaso en una de las mesitas bajas que había en la terraza y me acerqué a Daniel.

Observándole, su cuerpo musculoso y moreno bajo el sol, me di cuenta de que me había convertido en una obsesa sexual. Ya me había olvidado de la piscina, de masajes, de restaurante y de todo: solo pensaba en el cuerpo de Daniel, en la polla de Daniel, en sus manos y en su boca y su lengua y su todo. Solo pensaba en con qué me iba a sorprender la siguiente vez, qué posturas íbamos a probar...

Aunque esta vez no podía esperar, estaba demasiado hambrienta. Esta vez tomé yo la iniciativa.

Me senté en la tumbona a su lado y le metí la mano por dentro del bañador. Tenía la piel ardiendo. ¿Cuánto tiempo llevaba al sol? Esperaba que no se hubiese quemado.

—Mmmm... —hizo un ruido debajo del sombrero, medio dormido, o dormido todavía, mientras empezaba a endurecerse y a crecer en mi mano.

Le bajé el bañador sin esfuerzo, dejando al descubierto su sexo, duro y grande, ancho, con una vena en relieve recorriendo su largura.

Tragué saliva cuando lo vi, al sol, delante de mí. Era enorme, y todo para mí. Mi sexo se humedeció al instante.

Me levanté de la tumbona y me puse a horcajadas sobre Daniel, abriendo las piernas. No llevaba nada debajo del vestido, ninguna barrera entre su cuerpo y el mío. Empecé a bajar poco a poco, sentándome encima de su polla erecta, metiéndomela hasta el fondo.

Oh sí. Cerré los ojos un momento, disfrutando de la sensación.

Empecé a moverme lentamente. Noté como Daniel empujaba las caderas hacia arriba, no sabía si era instintivamente o si se había despertado.

La respuesta vino enseguida: se quitó el sombrero de la cara y me miró con los ojos entrecerrados y una sonrisa.

—No está nada mal despertarse de esta manera —dijo, con la voz ronca del sueño.

Me moví arriba y abajo, levantándome lentamente, bajando también lentamente, haciendo círculos con las caderas. Estaba asfixiada de calor, me saqué el vestido por la cabeza y lo tiré por ahí.

Empecé a gemir, a acariciarme mis propios pechos, a pellizcarme los pezones.

Daniel plantó los dos pies en el suelo, y empujó hacia arriba, penetrándome más profundamente.

—Ah... aaaaah, sí... —eché la cabeza hacia atrás y me sentí como una diosa, cabalgándole bajo el sol, arriba y abajo, metiéndome su verga dura hasta el fondo, una y otra vez.

—Amy... me estás volviendo loco.

Me agarró de las caderas para poder controlar la penetración, para moverme mejor encima de él.

—Te vas a quemar —dijo, y alargó el brazo para coger la crema solar que habíamos dejado debajo de la tumbona para que no se estropease con el sol.

Abrió el bote, se echó crema en las manos y se reincorporó un poco, lo que hizo que la penetración se hiciera más profunda.

—Aaaaah... dios, dios, ¡dios!

Tenía el clítoris sensibilizado de aquella mañana, y en esa postura además se rozaba cada vez que bajaba... estaba excitada, disfrutando como nunca, a punto de correrme otra vez. Cada vez los orgasmos eran más fáciles de conseguir, y más intensos.

Daniel empezó a extender la crema por mi cuello, mi escote, mis hombros. Luego por los pechos, casi hizo que me volviera loca, hasta bajar al estómago, la cintura, las caderas, con manos fuertes y seguras. Mientras, yo seguía subiendo y bajando, él seguía empujando las caderas, entre mis gemidos.

—Date la vuelta —dijo, cuando acabó de extenderme la crema—. No querrás quemarte la espalda, ¿verdad?

Me mordí el labio y le miré. Luego me levanté lentamente y me di la vuelta, dándole la espalda.

Con una pierna a cada lado de la tumbona, de espaldas a Daniel, volví a bajar despacio sobre él, clavándome su polla poco a poco.

Oh dios. Estaba dentro, dentro, muy dentro de mí, más de lo que había estado nunca.

—Daniel, está... está muy dentro —dije, gimiendo.

Me incliné un poco hacia adelante, apoyando los brazos en sus piernas, y empecé a subir y bajar otra vez.

Oh dios mío, aquello era lo mejor que había probado nunca. Estaba frente al sol que me quemaba la piel, mientras me metía la polla de Daniel, una y otra vez.

—Tranquila, Amy... no tan deprisa.

Me sujetó de las caderas para que me quedase sentada, totalmente clavada encima de él, y se reincorporó un poco —no pude evitar gritar cuando llegó todavía más adentro— para poder echarme crema en la espalda, sobre los hombros, acariciándome...

Dios, me estaba volviendo loca.

—Sube y baja tú, un poco más despacio... —dijo desde atrás, mientras me extendía la crema por la parte baja de la espalda, por las nalgas—. Eso es, métetela hasta dentro, separa bien las piernas.

Cerré los ojos mientras me penetraba con su polla dura, mientras me la metía hasta el fondo cada vez que me levantaba y me volvía a sentar. Me esforcé por no correrme tan pronto. Esperaba de verdad que no se oyese nada desde allí, porque estaba gimiendo y gritando, sin pensar en nada más, en si alguien podía oírme desde las otras habitaciones o no...

Extendió la crema por mis nalgas, acariciándome despacio, volviéndome loca. De repente sentí un dedo resbaladizo presionar y deslizarse dentro de mi ano, sin esfuerzo gracias a la crema.

—¿Te gusta esto?

Supuse que era una pregunta retórica, porque apenas podía hablar entre gemidos.

—Sí... me gusta, me gusta mucho... —pude decir, por fin.

—Joder Amy, me encanta tu culo... me encanta verlo moverse desde atrás mientras tu coño se traga mi polla una y otra vez... ¿quieres más?

En aquel momento no pude soportar más el placer y empecé a correrme, temblando, con espasmos, mientras gritaba.

—¡Sí por favor, sí! ¡Sí!

—Eso es, cariño, córrete en mi polla...

Me metió un segundo dedo y me sentí llena, llena del todo. Me movía por impulsos, en medio de mi orgasmo que parecía no terminar nunca.

—Eso es, eso es, fóllate el culo con mis dedos... así, muy bien... joder, me voy a correr enseguida, no sabes cómo me estás poniendo, Amy.

Noté más crema y todavía más presión, y me volví loca, subiendo y bajando, penetrándome los dos agujeros a la vez.

—Joder, qué caliente estás, ya tengo tres dedos dentro, mira qué bien entran con la crema—. Daniel también estaba empezando a perder el control, la voz entrecortada—. *Ah*, eso es, fóllate bien, arriba y abajo, más, más deprisa...

Boté y boté sin sentido encima de Daniel... hasta que estallé otra vez, un orgasmo como no había tenido nunca...

—¡Ah! ¡Sí! ¡Sí! —grité—. Sí, por favor, que bien, qué...

El nuevo orgasmo conectó con el anterior, o igual solo era uno infinito, y sentí como crecía más y más, como si fuegos artificiales estuvieran a punto de estallar en toda la superficie de mi piel.

Y eso fue lo que pasó: mi piel ardiendo, penetrada por todos los sitios, mis sentidos estallaron a la vez, dándome tanto placer que creí que iba a desmayarme.

—¡Ah! —gimió Daniel detrás de mí—. ¡Joder, joder, joder! ¡Amy, sí, sí!

Ahora era él quien había perdido el control y con una mano en mi cadera empezó a subirme y bajarme encima de él, dándome más y más fuerte, hasta que con un grito estalló dentro de mí.

QUINCE

Ninguno de los dos teníamos la energía suficiente como para movernos de la habitación, mucho menos ir a ningún restaurante, así que acabamos cenando en la mesa de la terraza. Era quizás algo pronto para cenar, estaba atardeciendo en ese momento, el sol hundiéndose poco a poco en el mar, pero teniendo en cuenta la *actividad* —por llamarlo de alguna manera fina— que habíamos tenido durante todo el día, estábamos los dos hambrientos.

Yo por lo menos podría haberme comido un caballo.

Así que pedimos la cena al servicio de habitaciones, que funcionaba 24 horas al día: podías pedir lo que quisieras, fuese la hora que fuese. Era como magia: llamabas y aparecían con comida, café, bebidas, lo que pidieses. Luego volvías a llamarles y recogían todo, dejándolo impoluto. No tenías que moverte, para nada.

Me iba a costar acostumbrarme cuando volviese a la cruda realidad.

Lo cual me llevaba a la pregunta que siempre se me olvidaba hacerle a Daniel.

—¿Hasta cuándo dura tu reserva?

Me miró mientras se estiraba en la silla, perezosamente, los brazos por encima de la cabeza.

—Hasta cuando yo quiera. Solo llevaba tres o cuatro días aquí cuando nos encontramos por primera vez al borde de la piscina.

Parecía que habían pasado mil años de aquello.

—¿Y piensas quedarte...? —pregunté, dejando la pregunta en el aire.

Me miró.

—Todo el tiempo que haga falta.

Sonreí. Los días que me quedaban en el resort se habían vuelto de repente mucho más interesantes (y placenteros). Odiaba la idea de tener que quedarme allí si Daniel se marchaba antes que yo.

La verdad es que tenía que ser toda una experiencia no tener que preocuparse por el dinero, alargar las vacaciones lo que uno quisiera, el tiempo que quisiera. A mí no me iba mal, tenía que reconocerlo, pero poder extender la estancia en aquella *suite*... eso era otro nivel.

DANIEL

MIRÉ A AMY MIENTRAS SONREÍA, complacida. Era cierto lo que había dicho: pensaba quedarme el resto de sus dos semanas, que de repente me parecían muy cortas. ¿Cuánto tiempo le quedaba realmente? ¿Ocho días, diez?

Cuando me encontré con Amy aquel día afortunado en la piscina, ya empezaba a estar harto del sitio aquél. Sí, estaba bien para descansar, pero hasta cierto punto. Me estaba aburriendo, y no podía esperar a seguir viajando: había reservado circuitos por Europa y Latinoamérica, esta vez para ver cosas, no simplemente para estar tumbado sin hacer nada.

Bueno, también era verdad que había reservado en los mejores hoteles, circuitos de lujo. Si tenía dinero, no sabía por qué no podía viajar con estilo. Nada de tiendas de campaña, hostales ni arrastrar mochilas. Esos tiempos se habían terminado para mí.

Estaba aburrido, decía, de estar allí sin hacer nada, hasta que me tropecé con Amy. La atracción instantánea, los dos días —no me podía creer que hubiésemos aguantado tanto tiempo— que tardamos en arrancarnos la ropa.

El infeliz incidente con mi exmujer, que había podido aclarar, menos mal.

Y ahora estaba allí, con diez días por delante, y me parecían pocos. Me daban ganas de esposarla al cabecero de la cama y no salir de la habitación en esos diez días, para poder aprovecharlos al máximo.

Estaba obsesionado. Solo podía pensar en follarla todo el tiempo, de todas las formas posibles, en todas las posturas posibles... no sabía si era porque llevaba un tiempo de sequía — con la venta de la empresa y el estrés no había tenido tiempo de nada los últimos meses— o qué, pero me pasaba el día en un estado de empalmamiento constante, que solo se me pasaba cuando metía dicho empalmamiento dentro del coño caliente, húmedo y estrecho de Amy.

Estaba como una moto, solo podía pensar en posturas, lugares, jadeos y cuerpos sudorosos.

Solo podía pensar en dejarla exhausta, en follarla tanto y durante tanto tiempo que no pudiese moverse. En tenerla a mi merced.

La miré mientras comía el postre, un *brownie* con helado de fresa y salsa de chocolate. La vi chupar la cuchara, y fue más de lo que pude soportar.

—Ven aquí.

Me miró sonriendo mientras terminaba de lamer.

Dios.

Luego se levantó y se sentó en mi regazo. Enterré la cara en el hueco de su cuello y aspiré. Nos habíamos duchado justo antes de pedir la comida, y la piel le olía a jabón, el pelo húmedo a flores.

Metí la mano por dentro del albornoz y le acaricié un pezón, que se endureció al instante. Amy se mordió el labio.

Obsesionado, como había dicho antes: no había nada que pudiese hacer. Era superior a mí.

Me levanté y la llevé de la mano hasta la habitación.

DIECISÉIS

DANIEL

Estábamos de pie, frente a las puertas de espejo del armario empotrado que ocupaba casi toda una pared de la habitación.

Amy tenía las palmas de las manos apoyadas en el espejo, mientras yo la sujetaba de las caderas y la penetraba desde atrás.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunté.

—¿Es broma?

Sus ojos se posaron en mis bíceps, en los músculos de mis hombros y de mi espalda.

—Tienes que decirme una cosa...

—Lo que quieras —seguí penetrándola con embestidas lentas y profundas.

—¿Cuántas horas pasas en el gimnasio? Porque ese cuerpo no es normal.

Me reí en voz baja.

Yo tampoco podía dejar de mirarla: tenía un cuerpo de diosa, cintura estrecha, caderas y tetas generosas, que se movían con cada embestida. No podía dejar de mirar su reflejo en el espejo, cómo se mordía el labio, los pequeños gemidos que emitía cada vez que se la metía hasta el fondo.

—No hace falta que te muerdas el labio... no te reprimas, grita todo lo que quieras, di todo lo que tengas que decir.

—*Ah*—. Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en mi hombro—. Qué bien Daniel, dame más, más...

Le acaricié el cuerpo y miré mis manos morenas en el espejo deslizarse por sus pechos, su estómago...

—Dios, me encanta tu cuerpo.

Soltó una risa ahogada.

—No estoy... no soy modelo —dijo entre gemidos.

Supuse que se refería a mi exmujer. La follé todavía más, y más deprisa.

—Me gusta tener donde agarrar... —se lo demostré cogiéndole de las nalgas, del culo— tienes el mejor culo que he visto nunca... Tócate, Amy, quiero ver cómo te tocas.

Vi en el espejo cómo bajaba la mano hasta su sexo y empezaba a acariciarse. Vi también cómo le botaban las tetas con cada una de mis embestidas, y no pude más. La sujeté con fuerza de las caderas y empecé a meterle la polla hasta el fondo más deprisa, con más fuerza, más profundamente...

—Mira cómo te follo, mira cómo entra...

La giré ligeramente para que pudiese ver mi polla dura entrando y saliendo de dentro de ella, entre sus nalgas.

Miró hacia donde estábamos unidos, miró mientras la penetraba, mientras aumentaba el ritmo de los dedos en su coño, y perdió el control. Empecé a follarla con golpes secos, metiéndosela y sacándosela una y otra vez, y otra, hasta que empezó a gritar, cerró los ojos y la sentí contraerse alrededor de mi polla.

Mordisqueé el lóbulo de su oreja desde atrás. Me había esforzado para no correrme con ella, pero no sabía cuánto más podía aguantar.

—Quiero follarte el culo, Amy... ¿te gustaría?

La idea me llevaba rondando desde lo de la tumbona. Había podido meterle tres dedos sin ninguna dificultad gracias a la crema, de ahí a meterle la polla casi no había diferencia.

—Quiero darte bien por el culo y correrme dentro... —dije en su oído.

Seguía gimiendo, todavía en medio del orgasmo, así que cuando dijo:

—Sí por favor, sí...

No sabía si se refería a en general o a lo que le acababa de preguntar.

—Sí, ¿qué? Dime lo que quieres... dilo en voz alta.

Se dio la vuelta para mirarme y se mordió el labio.

—Fóllame el culo, Daniel.

La llevé a la cama, cogí la crema que antes había dejado encima de la mesita —había sido previsor— y la tumbé boca abajo, totalmente estirada sobre la cama, las piernas abiertas. Tragué saliva.

—¿Estás segura? —pregunté, por si acaso.

—Sí... —levantó la cabeza de la almohada, y giró la cabeza para hablarme—. Siempre he querido probarlo, y antes en la tumbona ha sido increíble.

Le masajeeé las nalgas con la crema, no pude evitarlo, bajé la cabeza y le di un mordisco.

Extendí la crema por mi polla al rojo vivo, y coloqué la punta en su agujero, presionando lentamente, lo más lentamente que pude.

—Si quieres que pare en algún momento, dímelo.

—No, no... más, más... *ah*...

Eso hice, avanzar más, poco a poco, centímetro a centímetro. Le acaricié la espalda para que se relajara, el cuello, mientras entraba cada vez más en su culo, lentamente, despacio, pero sin parar, hasta que se la clavé del todo... cuando la tuve metida hasta el fondo paré un poco, intentando calmarme.

Me tumbé sobre ella, cubriéndola con mi cuerpo, mis piernas juntas entre las suyas abiertas.

—Joder Amy... qué culo más prieto tienes... te lo voy a follar bien.

Salí lentamente, no del todo, y volví a entrar. La sensación era increíble, el culo estrecho y prieto. Amy gritaba con la cara enterrada en la almohada, sin ningún tipo de control.

—Quiero que me digas si te gusta, y cuánto te gusta —dije, con voz ronca, al borde del delirio.

—Me gusta, me gusta mucho... no pares por favor, sigue... *ah*, qué bien...

No tenía intención de parar. Fui más deprisa, embistiendo una y otra vez, intentando no perder el control, intentando que durase, pero cada vez era más difícil.

—Dame así, bien... —Amy pasó una mano por detrás, me agarró de las nalgas y me atrajo más hacia ella—. Quiero sentirte dentro, bien dentro...

Fue entonces cuando perdí el control y empecé a penetrarla cada vez más rápido, entre gritos de placer que ya no sabía si eran suyos o míos.

—Joder, joder—. Embestí rápidamente, una y otra vez, metiéndosela bien adentro, el sudor resbalándome por las sienes—. Grita mientras te follo el culo... te gusta que te dé por el culo, ¿eh? Ah, toma más...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Sentí cómo se corría cuando los músculos se contrajeron a mi alrededor y yo hice lo mismo, metiéndosela hasta el fondo una última vez, corriéndome dentro de su culo.

* * *

AMY

DESPUÉS DE OTRA ducha rápida acabamos tumbados sobre la cama, agotados, mirando al techo.

Estaba pensando en que no podía moverme, no podía mover ni una pestaña. Pero tampoco tenía que moverme si no quería: estaba en el paraíso, con todo al alcance de la mano.

—Dios, no me imagino volviendo a mi apartamento, a mi trabajo, a mi rutina después de esto. Igual ha sido un error reservar estas vacaciones, ver un trozo del paraíso y saber lo que me estoy perdiendo...

Daniel me interrumpió.

—O todo lo contrario. Quizás te hacía falta esto, distancia y tiempo, para darte cuenta de que no puedes seguir llevando ese tipo de vida. Te lo digo yo, que vengo exactamente de ahí. No me puedo quejar, porque estoy donde estoy gracias a ello, pero aún así.

Daba que pensar. Probablemente en un futuro no muy lejano, los dueños de la *startup* donde trabajaba acabarían haciendo lo mismo que había hecho Daniel, vendiesen la empresa, se harían de oro y yo me quedaría... exactamente en el mismo lugar. Con suerte.

Quizás era el momento de bajarme de la rueda del hamster y pensar en qué quería hacer con mi vida. Con lo que tenía ahorrado podía sobrevivir un buen número de meses. Quizás haberme gastado un pastizal en aquellas vacaciones no había sido lo más inteligente si no pensaba volver al trabajo... pero tampoco iba a agobiarme, ni a decidir nada todavía.

—¿Por qué no te vienes conmigo? —preguntó Daniel de repente.

Giré la cabeza en la almohada para mirarle.

—¿Qué?

—Puedes acompañarme el resto de mi viaje, mientras piensas en lo que quieres hacer y te relajas...

Me di cuenta de que no había nada que me apeteciese más. Pero me di cuenta también, a la vez, de que no podía.

—No puedo permitírmelo, Daniel, no sabes lo que he tenido que ahorrar para poder venir aquí...

—Amy... cuando te dije que tenía dinero para diez vidas, era verdad. No es un problema para mí, en serio. Además, me puedes pagar en orgasmos —cerró los ojos un instante e hizo una mueca—. Espera, eso ha sonado fatal...

Me reí, por la cara que puso de circunstancias, y porque sinceramente, si alguien estaba *siendo pagada* en orgasmos, esa era yo.

—Tengo más dinero del que puedo gastar en toda mi vida —siguió diciendo—. De hecho, en cuanto sepa lo que quiero hacer, lo más probable es que empiece a donarlo. No supone un problema que viajes conmigo. Es más, *quiero* que viajes conmigo.

Me quedé pensando. Eché un vistazo a su cuerpo desnudo sobre las sábanas blancas,

iluminado por la luz de la luna que entraba por las ventanas.

La verdad es que, de todas las decisiones que había tomado en mi vida, esa era probablemente la más fácil.

Suspiré, como si me estuviera costando un montón tomar la decisión.

—De acuerdo.

Sonrió de oreja a oreja, con su sonrisa maravillosa, y me cubrió con su cuerpo para besarme.

—No vas a arrepentirte, ya lo verás.

Noté su erección formándose a la altura de mi estómago, y sonreí.

No, no iba a arrepentirme. De eso estaba segura.

FIN

* * *

Si quieres más historias como esta, [sígueme en Amazon](#) y recibirás un aviso cuando publique mi siguiente libro.

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).
Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

* * *

www.ninakleinauthor.com

ninakleinauthor@gmail.com

Página de Nina Klein en Amazon:

Amazon ES: [amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2](https://www.amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2)

Amazon US: [amazon.com/author/ninaklein](https://www.amazon.com/author/ninaklein)

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

Cumpleaños Feliz



Normalmente mis compañeros de trabajo me caen bien, son gente maja. No tengo nada en su contra. Excepto cuando encargan una tarta por mi cuarenta cumpleaños, me cantan cumpleaños feliz y me hacen soplar las velas en medio de la oficina.

No era mi mejor día. Cuarenta años: el fin de una era, el comienzo de la mediana edad. Divorciada, pasando las noches viendo películas con una manta en el sofá... solo me faltaba comprarme un gato.

Hasta que mi amiga Ana me propone hacerme un perfil en una *app* de citas. *Será divertido*, dice. *Ya lo verás*.

¿Qué podría salir mal?

Casi todo.

¿Qué podría salir bien?

Lo que menos esperaba.

Al final, quizás cumplir cuarenta años no era para tanto...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

[Un Día de Playa](#)



Calor, sol, arena, mar y playa... ¿qué más se podía pedir una mañana de abril? Nada.

Eso pensó Pauline, y por eso se había quitado la ropa del trabajo, se había puesto el bikini y había llamado a la oficina para decir que estaba enferma.

La ola de calor que duraba ya una semana estaba siendo agobiante, asfixiante, y necesitaba refrescarse de alguna manera.

Un encuentro inesperado en la playa hará que el calor sea todavía más intenso, más ardiente... y mucho más interesante.

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

Todas las historias de Nina Klein:

SERIE "EL CLUB"

[El Club](#) (El Club 1)

[Una Noche Más](#) (El Club 2)

[Todos Tus Deseos](#) (El Club 3)

[Trilogía El Club](#) (El Club 1, 2 y 3)

[Llámame Amanda](#) (El Club 4)

[No Eres Mi Dueño](#) (El Club 5)

[La Última Fantasía](#) (El Club 6)

[Trilogía 2 El Club](#) (El Club 4, 5 y 6)

[Todo El Club: Serie Completa](#) (El Club 1-6)

TRILOGÍA “LA FIESTA DE SAN VALENTÍN”

Romance en la Oficina (La Fiesta de San Valentín 1)

La Jefa (La Fiesta de San Valentín 2)

Una Mujer de Mundo (La Fiesta de San Valentín 3)

Trilogía La Fiesta de San Valentín

HISTORIAS INDEPENDIENTES

Un Día de Playa

Ex Luna de Miel

Cumpleaños Feliz

El Almacén

Enemigos Íntimos

Noche de San Valentín

El Regalo de Navidad

Noche de Fin de Año

Game Over

El Profesor, La Tienda (Dos historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 1 (Recopilación de historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 2 (Recopilación de historias eróticas)

* * *